

R. 40.277

DISTINCION

ENTRE LA VERDADERA Y

falsa experiencia en Medicina,

Y

CARACTÉRES

del verdadero Médico

SEGUN LAS IDEAS DEL CÉLEBRE

ZIMMERMANN,

EX-CONSEJERO AULICO, MÉDICO

DE S. M. BRITÁNICA, Y

Miembro de varias Academias sabias.

POR

D. JOSÉ VARELA DE MONTES,

EX-ALUMNO DEL ESTUDIO DE MEDI-

CINA CLÍNICA DE MADRID,

Médico, y Substituto de la Cátedra de

Prima de Medicina en la Universidad

Nacional del

REYNO DE GALICIA.

Santiago: Oficina de MÓLDES, 1821.

R. 11073

~~1767~~

*Á los Alumnos de la Escuela de
Medicina Clínica de Madrid,*

Dedica este pequeño trabajo como
una corta prueba de su adhesión,
y gratitud á este Benéfico Esta-
blecimiento

José Varela de Montes.

*Non ex vulgi opinione, sed ex sano
judicio. Bacon.*



PRÓLOGO.

Las sátiras mas picantes, las mas denigrativas injurias eran ya en tiempo de Hippocrátes el comun language de que se usaba indistintamente contra todo el que exercia la medicina. Esta fué, es, y será siempre la recompensa del infeliz hijo de Esculapio, en pago de tantas zozobras, de tantos disgustos, y de tantas penas como afligen su humano corazon.

(VI)

El Médico cuyo solo lucro es comer el mas emponzoñado alimento, el apagar su sed con las bebidas mas azibaradas, el exponerse á todos los peligros de la hediondez y pestilencia, fue siempre el blanco de plumas mordazes, del vulgo desagradecido, y de los hombres poco reflexivos. Esta crítica, justa cuando solo se juzga del Médico por la voz popular, que cree tales al charlatán, al ignorante, al empírico, no solo dexa de serlo hablando del verdadero Médico, sinó que á mi modo de entender, es el colmo de la estupidez, el extremo del desagradecimiento, el *non plus ultra* de la inhumanidad. El pueblo reparando solo en el nombre

(VII)

de Médico, que dá indistintamente á cualesquiera que posee algunas recetas, al que únicamente sabe sangrar, y al que envegeció en un hospital sin mas ciencia, juzga de los Médicos por estos, entrega su salud en manos sacrílegas, y los hombres sienten tarde el poder mortífero de sus preocupaciones. Nada hay mas afflictivo para el corazon humano, nada mas perjudicial á la sociedad, que esta confusion que generalmente reyná, y confunde al verdadero, con el falso Médico, al ignorante rutinero, con el aplicado profesor: señalar pues los límites que los separan, dar á conocer al pueblo sus falsas idéas, baxo este respeto, y de-

(VIII)

mostrarle las impuras manos en que deposita su confianza , dando le reglas para la mas acertada eleccion, creo sea un trabajo de algun fruto.

Si alguno se creiese zaherido en esta pequeña obra, ese será justamente uno de los que comprendo en ella , y si alguno la critica, sea demodo que pueda agradecerle su trabajo si la exerce con justa equidad, ó contestarle, si con injusticia.



(o):(o):(o):(o):(o):(o):(o):(o):(o)

IDEAS PRELIMINARES

DE LA DIFERENCIA DE NUESTROS CONOCIMIENTOS.

Desenvolveré mejor las ideas que me he formado de la experiencia, recordando de paso los diversos manantiales de nuestros conocimientos.

El hombre adquiere sus ideas por medio de los sentidos, y por la reflexion que el espíritu hace sobre sí mismo, consiguientemente á la impresion de los objetos que afectaron aquellos. Entre el gran número de producciones que se

presentan sobre el vasto, y variado teatro del universo, los sentidos reciben cuantas impresiones pueden á apropiarse así, confiando el depósito de estas sensaciones, á la memoria. Pero yo llamo *materia bruta* esta colección de impresiones, ó las ideas que los sentidos nos dan en este caso.

El espíritu compara, dispone, y enlaza estas ideas simples adquiridas por medio de los sentidos, percibe sus relaciones, y forma ideas compuestas. De estas ideas, deduce y establece principios para sacar en seguida conclusiones, que naturalmente manan de bases simples y ciertas, ó que son consecuencia de muchos principios complicados, tanto ciertos, como dudosos; y en este último caso, las facultades reunidas del espíritu, son las que obran.

Las ciencias se diferencian en-

3
tre sí, aun mas por la diversidad de estos principios, que por sus objetos: las unas son claras, simples, ciertas, en una palabra, hallan aviertas, por decirlo así, todas las puertas del alma; entran sin experimentar resistencia, y llevan consigo la convicción: las otras piden ser profundizadas, y no dan ráfaga alguna luminosa sino á favor de la experiencia; único medio por donde se las puede penetrar, pero la persuacion no las acompaña como á las otras, pues no son tan fáciles de comprender. Los conocimientos derivados de principios claros, simples y ciertos, constituyen parte de las matemáticas: los que se deducen de principios complicados, en parte ciertos, y en parte dudosos, comprenden con especialidad lo que llamamos moral, política, arte militar, arte de curar.

La medicina, lo mismo que las otras ciencias súbditas, no es tan segura como las matemáticas puras, pues quedan muchas veces dudas aun despues de dadas las pruebas que puede administrar. Es necesario pues, para la medicina el mas delicado espíritu, el espíritu mas penetrante, porque con frecuencia se tiene que limitar á simples probabilidades, á cuyo mas alto grado es imposible llegar sin una extremada penetracion, y viéndose el Médico obligado casi todos los dias, á hacer la aplicacion de principios que no están determinados con evidencia, debe ser, apesar suyo, inventor en la práctica de su arte. Por esta razon habia dicho Sydenham en su respuesta al doctor Brady, que la ciencia médica sobrepujaba una capacidad ordinaria, y que era necesario mas ge-

5
nio (a) para penetrarse de su todo ó conjunto, que para cuanto la filosofía puede enseñar; porque las operaciones de la naturaleza, sobre cuya sola observacion está fundada la verdadera práctica, exigen, para ser discernidas con la precisa exactitud, mas genio, y penetracion, que las de alguna otra arte fundada sobre la hipótesis mas probable.

El conocimiento de las ideas simples, es la base de cada ciencia particular. La industria de los hombres, se ocupa en extraer del mundo moral y fisico, la materia bruta de las ciencias, y la entrega en este estado al filósofo, el que recorre y examina, con ojo perspicaz, el desordenado conjunto de estas provisiones, para desechar las unas, y á provecharse de las otras.

(a) Mas adelante se verá lo que se debe entender por genio.

Esta materia bruta jamas será demasiado abundante para el filósofo, y siempre una sobrecarga incómoda, é inútil para el hombre sin genio, sin penetracion, y sin luces accesorias.

Nosotros debemos estar agradecidos, no solo al que reúne atropelladamente sin distincion estas ideas, y sin objeto alguno determinado, y á aquel que mas inteligente no coge sino con delicadeza la flor de los objetos que se le presentan, sino tambien al gran genio, que á imitacion de un Demócrito, de un Aristóteles, de un Bacon, se humilla para considerar la naturaleza en todas sus partes y presentar á las futuras generaciones la materia que debe ser un fecundo manantial de nociones generales, y de verdades las mas luminosas. Pero el hombre, que debiendo obrar por

si solo, posee únicamente este conjunto de desórden, permítaseme la expresion, el hombre que carece de las luces necesarias para elegir lo bueno, y desechar lo malo; el hombre que sin filosofia no puede ordenar sus confusas idéas, ni sacar de ellas consecuencias naturales; el hombre enfin, que teniendo á su cuidado la suerte política de los reynos, el exito de las batallas, la salud de sus semegantes, solo posee la materia bruta de la política, del arte militar, del arte de curar, ¿podrá desempeñar con honor los brillantes puestos que se le confien? No por cierto. Esta materia bruta sin raciocinio, sin eleccion, es la base, el fundamento del charlatanismo, del ciego empirico, y de los falsos Médicos, en quienes con frecuencia depositan los pueblos su bien estar, con-

fundiéndonlos con el verdadero profesor.

DE LA FALSA EXPERIENCIA.

Se mira, en general, la experiencia como el simple producto de los sentidos, y el espíritu parece tener tan poca parte, que todo cuanto puede ser intelectual, se cree tan material, como las percepciones mismas. Al alma nada le pertenece, y el Caribe salvaje, el Mogól estúpido, tendrán mas experiencia que el feliz Europeo que ha visto menos. Esta es la que se llama *falsa experiencia*, porque no está fundada sino sobre observaciones erroneas, ó poco reflexionadas, y por consiguiente insuficientes, ó falsamente deducidas de principios verdaderos en si mismos.

Se llama comunmente tambi-

9
en *experiencia*, el conocimiento que se adquiere de una cosa por la sola percepcion material, y reiterada de un mismo objeto.

Segun este principio solo se requiere haber viajado mucho, para tener la mas grande experiencia del mundo: un viejo oficial tendrá igualmente la mas grande experiencia de la guerra, y una antigua enfermera, será el médico mas experimentado. Un Médico que haya visto el mayor número de enfermos, será para el vulgo, el mas completo, el mas científico, el mejor, y fundado en este falso principio prefiere siempre al mas experimentado, y sin inquietarse por lo que caracteriza la verdadera experiencia, concede á la vieja curandera, al anciano rutinero, al viejo Médico, la estimacion solo debida á una verdadera experiencia. El pueblo no

pregunta si es instruido, penetrante, hombre de genio, y solo si tiene canas.

La verdadera experiencia, la pura medicina, no depende tanto de las observaciones individuales adquiridas por si mismo, como de las observaciones reunidas, y comprobadas de todos los tiempos, y de todas las naciones ¿que seria la medicina si en este instante desaparecieran cuantos libros existen de la ciencia, y cuantos Médicos eruditos viven? un caos: la profesion caeria en la ignorancia de los primeros siglos, y nada se sabria; el azár seria nuestra guia, y una densa nube cubriria el ojo mas observador, el espiritu mas penetrante: pues en tal caso considero á los Médicos sin estudios, á los falsos Médicos, á los charlatanes, por eso decia Rhazés "yo querria mejor que un Mé-

«dico no hubiese visto enfermos,
 «que el que ignorase lo que han es-
 «crito los antiguos.» Sin erudicion
 nada ó muy poco es el Médico,
 como luego diremos, ella es el hilo
 de Ariádne que nos ayuda á salir
 del grande laberinto, cuya puerta
 está cerrada para el ignorante.

El vulgo juzga al Médico por
 el número de años. Estos juicios
 inconsiderados, son el producto
 de la idéa que la porcion ciega
 de los hombres, se hace de la ve-
 jez, y de la experiencia. Se su-
 pone que un hombre anciano, ha
 visto mas que un jóven, y se
 concluye en seguida que ha de-
 bido pensar mas. Ved aqui por-
 que se honran inconsideradamente
 viejos rutineros, indignos de la
 menor estimacion, y porque las
 cualidades mas apreciables, las
 mas brillantes acciones, pierden
 todo su precio al decir *es un jóven,*

pudiendo contestarle lo de aquel verso

*¿Quid numeras annos?
vixi maturior annis;
acta senem faciunt,
hæc numeranda tibi.*

La sola prerrogativa que el jóven lleno de mérito no puede disputar al antiguo empírico, es el número de años, y se une la experiencia á esta despreciable ventaja, para que el viejo pueda á su arbitrio oprimir al jóven, disputarle su mérito, y que el tierno arbusto desecado, detenga bajo sus ramas estériles, los esfuerzos que hace la naciente planta para elevarse sobre el.

Esta preocupacion se hace tanto mas dañosa al jóven, cuanto permanece siempre en la misma edad á presencia del viejo. He observado muchas veces, dice Zimmermann, estos déviles cerebros

que miraban siempre al jóven de mérito, como un jóven, apesar de sus conocimientos y de su capacidad.

Este era en todas circunstancias el tono severo é imponente que tenían para con él, aun quando podia ser su maestro y era en efecto muy superior por sus talentos. Me parece oír la nodriza de un general cubierto de heridas: *el ha sinembargo gritado, y llorado en mis brazos.*

La edad nos da ocasion de entender nuestro espíritu; pero no todos tienen voluntad; además que no todos los empíricos son susceptibles de esta perfeccion. La vejez de un Médico respetable por su mérito, es una vejez honorífica: su gloria le sigue por todas partes: la estimacion y respetos de los Médicos jóvenes preceden sus pasos; lo llaman su padre, su me-

tor, y es su lumbrera en la obscuridad que los envuelve muchas veces. Pero viejos dias despues de una juventud poco digna, ó mas bien la vejez de un débil cerebro, no es sino ignominia. En efecto, sesenta años de estupidez ¿harán jamas un hombre respetable? Un Médico viejo sin mérito, no es á mis ojos sino un hombre convertido segunda vez en niño.

La edad, dixé, nos da ocasion de estender nuestro espíritu; pero compárese un Médico jóven de talento y á plicacion, con un ciego rutinero, con un empírico sin conocimientos, y se conocerá la diferencia: un Médico sin imaginacion, un Médico sin espíritu, un Médico que no piensa, y no raciocina mucho, un Médico en fin, sin los conocimientos, que como luego veremos, deben necesariamente adornarlo ¿puede dar

un paso en la práctica de su arte sin que camine á ciegas? Verá los enfermos, verá síntomas, mas no la enfermedad; creará ver siempre una misma, porque no se hallan las diferencias sin idéas; de aquí los remedios favoritos del rutínero: ó al contrario, nada verá creyendo verlo todo: lo esencial lo confundirá con lo accidental; todo cuanto observa, quiere curarlo; de aquí el uso indiscreto de complicadísimas recetas, y la polifarmácia, vínculo del charlatan, patrimonio exclusivo del empírico, y del hombre poco observador.

Se ve pues, que la falsa experiencia no es á lo sumo, sino una ciega rutina que no sigue alguna ley. Esta rutina se limita al círculo de ciertas acciones, y á la repetición de ciertas máximas, cuyas razones y relaciones, se des-

conocen: en una palabra, *un Médico de rutina*, exerce un arte de la cual ignora hasta los menores principios, y se embaraza tanto menos en su práctica, cuanto el pueblo del que capta los sufragios, los cree tan inútiles como él. Nada mas frecuente que oír decir, *no ha estudiado, es verdad; pero tiene mucha práctica*, que para mí es lo mismo que si dixeran, *vió mucho con los ojos materiales*, del mismo modo que el irracional ve sin meditar: pero el pueblo toma la rutina por la base de los conocimientos humanos, máxime en medicina, y consiguientemente por el verdadero espíritu.

Esta rutina, esta ciega maestra, priva á la sociedad de la mayor ventaja que tiene derecho de esperar de sus miembros. Ciudadanos instruidos baxo estos principios, ó de una manera tan abu-

siva, y que ven su fortuna pendiente del número de años, del número de enfermos, y del número de clandestinos errores ¿se les dará mucho por la lectura? y guiados por la impericia ¿estarán jamas en estado de conocer, como sería necesario, el hombre físico y moral? Este conocimiento, que se puede mirar como uno de los principios de la felicidad de los hombres, como de los primeros y mas nobles de nuestros conocimientos, siempre disfrazado, ó siempre desconocido por la rutina; es no obstante el único que puede formar verdaderos Médicos. En efecto, las pasiones desempeñan un papel tan importante en las enfermedades, que no se puede sin un crimen manifiesto, darse por Médico, sin haber hecho un estudio especial del hombre: estudio de que carece el rutinero, el fal-

so Médico, y de ningun modo el aplicado, el erudito, el observador.

Se cree apesar de esto, que nada es mas fácil que adquirir este sublime conocimiento: pero ¿á donde se va buscar? en la conversacion, ó trato de gentes, que jamas á caso han reflexionado, ó que llenas de preocupaciones á prueban, ó condenan las reglas que se le dictaron en su juventud. Estas son las gentes, que en mayor edad, ensalzan sin cesar su experiencia en hospitales, campañas &c. y no se hacen cargo se les podría decir, lo que un soldado jóven á un viejo capitán: *la única ventaja que me llevais, es de haber gastado mas zapatos*

En efecto, vemos todos los dias cuan estéril, é insuficiente se halla esta pretendida experiencia; lo que debe necesariamente suce-

der cuando no se ha estudiado, ni el hombre, ni la naturaleza. Se vé lo mismo en la agricultura, la política, el arte militar. Los habitantes de Menorca en vez de ingerir sus árboles como lo vieron hacer á los Ingleses, se contentaron con decir, nadie sabia mejor que Dios, como los árboles debian crecer. El político guiado por la sola rutina, sino conoce el físico, y moral de los individuos, la topografía de las naciones, sus usos &c. mal puede dar leyes. El arte militar destinado á defender los derechos del hombre, no es igualmente, segun algunos, mas que un producto de la rutina. Se cree, que basta añadir al valor, un espíritu ordinario, para formar un verdadero guerrero: raras veces se vé sospechar aun oficial, que su arte supone un número de conocimientos necesari-

riamente ligados con la erudicion. Solo un pequeño número piensa con el caballero Folard, que el arte militar no es sino un oficio para el comun de los hombres, y una intrincada ciencia para hombres de genio: pero pasemos adelante.

La medicina es, para la mayor parte de los hombres, la felicidad de poseer por casualidad una receta útil, para cada incomodidad que se puede experimentar, y por consiguiente no es mas que un ^o puro empirismo. Un empírico en medicina, es un hombre, que, sin ni aun soñar en las operaciones de la naturaleza, ni en los signos, causas, indicaciones de la dolencia, métodos curativos, y aun menos en la investigacion de los diversos temperamentos, del influxo de las edades que tambien hizo conocer Mr. Cabanis,

pregunta el nombre de la enfermedad, administra las drogas al acaso, ó las distribuye sucesivamente, sigue su rutina, y desconoce su arte. La experiencia de un empírico, es siempre falsa, porque este hombre ejerce su arte sin conocerla, sigue las recetas de los otros sin examinar las causas, el espíritu del autor, y el fin que se propuso: basta saber que en la pleuresia suele aprovechar la sangría, para sangrar, en cuantas se le presenten, é inmolar una inocente víctima á sus preocupaciones, é ignorancia: basta saber que en las hemoptisis, está contraindicado el emético, para prohibirlo en todos los casos, y dexarse morir un enfermo al que un vomitivo restituiria la vida á exemplo de Nuestro Murillo: basta saber, enfin, que en el histerismo se administra el ópio, el

cástor, el licor de Hoffman, &c. para que sin saber lo que dá, lo administre en todas las diferentes especies de histérico, originadas á veces de causas contrarias. ¿Cuántas enfermedades, al parecer las mismas, exigen muy distintos métodos? ¿cuántas siendo las mismas, lo piden diferente por razones que no estan al alcance del hombre sin grandes conocimientos? No por cierto, el conocer la semejanza de las diferencias, y la diferencia de las semejanzas, no está ni puede estar al alcance del empírico. En los primeros tiempos de la medicina, ha sido necesario ver las enfermedades antes de examinarlas, y profundizarlas: ved aqui tambien porque los empíricos quieren siempre ver enfermos, pero jamas examinar lo que ven, ni saber lo que hacen. Desechando to-

da instruccion, reprueban todo principio, y se creen instruidos, como por inspiracion celeste, de todo cuanto merece ser conocido. Cuatro libros de remedios, y algunos de adorno, lo mas, son sus favoritos: sus bibliotecas se encierran en prontuarios, en métodos de curar enfermedades, y nada de conocimiento fisico, fisiológico, moral, &c. Estas gentes son á la verdad, susceptibles de ciertas convinaciones; pero estas no abrazan sino las primeras idéas de las cosas, ó mas bien las solas percepciones de los sentidos: su lógica parece no extenderse mas allá del instinto. Baglivio decia "*qui benè judicat, benè curat, integritas judicii fons, et caput est benè medendi.*" pero este recto juicio, origen de las mas sublimes idéas, está estrechamente ligado con otros conocimientos

imperceptibles al vulgo de los Médicos.

No es difícil hallar las causas de los diferentes abusos de que acabamos de hablar. La primera y principal, viene de la falsa acepción de la palabra experiencia. Un hombre muy hábil, decia con razon, que era inconcebible con que direccion, y con que rapidez, es necesario mover el brazo, para herir con una piedra un objeto lejano: por la sola experiencia se adquiere esta destreza. Es verdad, que por el uso se aprende á manejar un fusíl, un martillo, una hoz, pero se sabe por una continuada practica, que en vano se esperaria del solo uso un hábil general, y un Paladio de un viejo peon.

Las artes mecánicas se aprenden por el uso, pero se pueden dar á un artista ideas que el uso

jamás le enseñaría. Trabaja con precisión, pero sin conocer el espíritu de su arte, y carece de un gran número de recursos, que el filósofo solo le puede dar. Por falta de raciocinar sobre el espíritu de las artes y oficios, el pueblo confunde el ejercicio de la medicina, con la práctica ordinaria del artista, siendo la primera una ciencia puramente intelectual, y la otra una destreza, una habilidad en el manejo de los dedos. El empírico pues, á semejanza del mecánico artista, cree ver lo que vieron otros, ó lo que el mismo observó otras veces; administra en casos, á su modo de pensar semejantes, los mismos fárragos, y sin interesar su juicio, ni su reflexión obra siempre bien, porque no conoce el mal: por esta razón el hombre sin estudios y sin ideas es el más intrépido, el

mas osado, y se juzga superior á todos los Médicos del mundo; jamas teme, ni ignora, porque para ignorar, es necesario saber; nada sabe, creiendo saberlo todo, y es con propiedad el único sábio que existe. Sus dudas son tan limitadas, como pobre su entendimiento: se avergonzaria de sostenerse á la expectacion mientras no conoce con evidencia la enfermedad: dar medicinas es, para el vulgo, la verdadera ciencia, y un Médico observador es para el, un tranquilo expectador de la muerte; por esto le gusta el charlatan, el polifármaco, sin conocer qué este recetario que tanto aprecia, es en mil casos su muerte, y esta expectacion, el signo del saber: *Parcat igitur ignarum vulgus*, dice el Grande Baglivio, *parcant, et medici tantis remediorum formulis; nam sapissimè quies lecti, et quies*

*à negociis ipsa que demum à remediis abstinentia morbum jugulat, quem usus remediorum frustraneus magis exacerbaret; y en otra parte: Tirones mei quam paucis remediis curantur morbi! Quam plures vita tollit remediorum farrago! Sydenham conocia igualmente la necesidad de sostenerse à la observacion quando no se pudo penetrar en el conocimiento de la enfermedad, pues seria exponernos à cometer graves errores, y como el mismo dice, muchas veces no llegamos à conocerla hasta su mejoría: en este caso los remedios administrados ciegamente, transtornarian las leyes de la naturaleza conservadora, y en vez de propinar medicamentos, daríamos venenos: el Médico pues se detiene, en caso de duda, teniendo presente aquella gran máxima de Celso, *si jubare non possit, saltem nè noceas.**

La rutina agrada á los talentos limitados, perezosos, é indolentes, porque es muy fácil hacer lo que siempre se ha hecho. Es igualmente menos difícil establecer tres principios para determinar la naturaleza de las enfermedades, como lo hacian los metódicos, ú oponer tres solas recetas á todos los males, ó desechár toda regla, como lo hacen los falsos Médicos, los rutineros, que profundizar en el arte de curar. ¿Que cosa mas corta, que cosa mas fácil que limitarse á un solo libro, á un solo remedio, ó á un conjunto de todos para no errar en la eleccion? Es sin duda menos difícil atraerse el aplauso del pueblo por una baxa condescendencia, y hacerse alabar, y preconizar por amigos ganados por la adulacion, ú otros médios, y arebatar al verdadero mérito

su recompensa, multiplicando sus injusticias; todo esto, digo, es menos difícil, que adquirirse los profundos conocimientos de la ciencia.

El ciego empirismo se hace gustar de la multitud, porque todos los ignorantes lo aprueban, y solo los esclarecidos Médicos lo condenan; en general, los hombres aman mucho hallar su mismo modo de pensar en los otros: se observó hace ya mucho tiempo, que el amor propio es el que siempre decide del ódio, ó de la amistad, del honor, ó menosprecio que se tiene hácia los otros, y que por el mismo principio se juzga del mérito. El que quiera hacerse estimar de un mal Médico, de un charlatan háblele su mismo lenguaje, exponga sus mismas idéas, y nada de contradiccion: hágale creer su partidario, apláudale sus nin-

gunos conocimientos, y no le dé
idéa alguna de que carezca: pero
vosotros, jóvenes, manifestad las
vuestras con decoro, porque ja-
mas el hombre científico tiene ra-
zon para ingreirse; no os obsti-
neis en hacerlas comprehender al
obstinado ignorante, y recordad
lo que decia Freind, á Mead en
una de sus cartas: " Estos pre-
»tendidos prácticos que se ima-
»ginan seguir la naturaleza en
» todos los casos, aun en los mis-
» mos en que desconocen sus ope-
» raciones, me han exaltado mu-
» chas veces la bilis, y me han
» excitado la risa. Si estas gen-
» tes siguen la naturaleza sin ha-
» berla estudiado ¿ que hicieron
» pues esos grandes restauradores
» de la medicina entre los Grie-
» gos, y los Arabes? Sus desve-
» los, sus trabajos, sus obras ¿ no
» merecen nuestro aprecio? En

» verdad los que así piensan, y
» que tanto se vanaglorian de su
» penetracion, jamas han conoci-
» do la naturaleza, ni sus ope-
» raciones, ni sus indicaciones,
» ni los medios, y métodos de so-
» correrla en la necesidad. Apre-
» de pues, Mead, á menospre-
» ciar la vana locuacidad de es-
» tos orgullosos espíritus, y ca-
» mina siempre libremente por el
» sendéro del honor, y de la glo-
» ria. Por muchos recursos que
» puedas tener en tu gran genio,
» no te rubores de la abundante
» cosecha recogida en los escri-
» tos de nuestros maestros." To-
do hombre de conocimientos es-
té seguro de hacerse un enemi-
go de su mismo juicio, sino pro-
cura ensalzar su amor propio;
es al mismo tiempo menospre-
ciado de la multitud porque con-
dena, ó no sigue sus errores, sus

preocupaciones, y el verdadero saber que él aprueba, es justamente lo que aquella menosprecia: cuanto mas espíritu y penetracion tenga un Médico, mas se expone á la sátira del ignorante. Agáthias nos refiere en su historia que un empírico de los mas necios, era igualmente el mas atrevido en hablar de lo que en ninguna manera comprendia. Este Uránio fué á Pérsia con la comitiva de un Embaxador de Coustantinopla, y agradó tanto al Rey Cosroes, que este Príncipe, despues de haber llamado, y despedido los mas célebres filósofos de la Grecia, dixo que jamas habia visto un hombre tan esclarecido, y penetrante como Uránio. La causa de esta aprobacion, añade el historiador, no es difícil de percibir. Los hombres nos sentimos como arrastrados hácia los

que se nos parecen; un genio semejante al nuestro nos agrada; basta al contrario que alguno nos exceda para desagradarnos.

Es, á la verdad, una ocupacion bien humillante para la humanidad recordar todas las preocupaciones, que relativamente á la medicina, se divulgan por la ignorancia y la irreflexion, afianzando su imperio en la sociedad. Pero lo peor es que estas preocupaciones, se dirigen tambien á arruinar nuestra felicidad, á turbar nuestro sosiego, y nos conducen con frecuencia á una prematura tumba: veámos pues las funestas consecuencias de estos abusos.

La sociedad civil experimenta los mas grandes daños de esta injusta predileccion por los empíricos, por los viejos rutineros. El ciego respeto que tiene hácia las antiguas costumbres, produce la

indolencia, en la cual se obscurecen los talentos mas preciosos; indolencia, que impide ni aun pensar se pueda estar en el error, y hace precipitarse de una falta en otra. Si el hombre preocupado en medicina, es un hombre poderoso ya por si mismo, ya por su crédito ¿que perjuicios, que daños no podrá causar? Los mas sábios objetos, los proyectos mas, bien concertados, los deseos mejor reflexionados jamas se presentarán con utilidad, mientras este hombre tenga derecho para decir, *esto no me agrada*. Conocerá acaso su injusticia, pero no querrá ser aprendiz, despues de haber sido maestro cuarenta años, y este orgullo tan incompatible con la verdadera dignidad de un alma grande, ha sacrificado, como dice Grégory, muchos millones de vidas: en efecto cuan pocos gustan de esta re-

flexion de Horacio: *cur nescire pudentes prabè quam discere malo?* Se-
mejantes en esto á los salvages de
la Lothiana, que llegados á la
edad viril reusan abrazar el cris-
tianismo, porque dicen son muy
viejos para practicar reglas que
creen tan dificiles, todo lo des-
precian porque, ó no se hallan en
estado de comprehenderlo, ó no
quieren apartarse de sus ideas. Las
ciencias, las artes, la justicia, la
humanidad desaparecen baxo el
imperio de la rutina, cuando con
el deseo de hacer respetar la ver-
dad, se carece del poder de efec-
tuarlo. Charle el empirismo, vo-
mite los mas chocantes despropó-
sitos, vea el Médico, ó el jóven
instruido humillar la naturaleza
en su mayor vigor, vea abatirla
cuando se rehace para restituir
los órganos enfermos á su estado
sano, y no se atreva á raciocinar,

ni explicar lo que solo el hombre con discernimiento puede comprender, pues con oponerle veinte años de ignorancia, le pondrá una barrera impenetrable en juicio del vulgo. Las mas luminosas ideas proferidas en una instruida juventud, no equivaldran, ni con mucho, á los errores fatales del empírico, y la humanidad conocerá tarde las manos homicidas, que arrebataron un amoroso padre de en medio de una virtuosa familia, una tierna esposa de los brazos de un afligido marido, y un hijo querido del seno de unos padres que lo idolotraban: pero pasemos adelante.

Otro de los perjuicios que produce este error vulgar, es aturdir la juventud. En medio de esta confusion general, hay pocos jóvenes, pocos hombres dedicados á

las ciencias, que tengan bastante fuerza y valor, para reanimar su energia; redoblar sus cuidados, y su actividad, consagrar la primavera de sus dias á los desvelos, y al trabajo, desarmar la ignorancia, y romper el centro ó dioso de la estupidez, con riesgo de su tranquilidad, de su fortuna, y de su reputacion. Acometido y atacado por todas partes, el jóven Médico, cae apesar suyo en la mediania, en cuyo estado le detiene la opresion de las preocupaciones: pero no temais, jóvenes, vuestra sostenida aplicacion, y vuestras relevantes prendas hallaran su verdadera recompensa en genios superiores al vulgo, y un pequeño lucro que sabeis es debido á vuestro mérito, equivaldrá á los tesoros del charlatan, del empírico, del rutinero.

Estas preocupaciones se ope-

nen pues directamente á los progresos de la medicina. Como no hay forma alguna, decia Sócrates, que no tome el espíritu del vulgo ignorante, los obstáculos se multiplican sin cesar. Un Médico racional no puede esperar agradar sino á los que se le parecen, pero será siempre culpable si intenta parecer sabio entre los insensatos. El juicio que forma de las enfermedades, sus métodos curativos, sus remedios recibiran el vituperio, y menos precio de aquellos á quienes su modo de pensar debe necesariamente desagradar, y será muy feliz si no es tratado de envenenador. Fui llamado para una enferma á la que habia atacado una fuerte inflamacion de toda la cara acompañada de un coma vigil: su temperamento robusto, su género de vida, &c. me hacian temer un

inminente peligro: traté de usar todos los antiflogíticos resolutivos, y desviar de la cabeza aquella demasiada energía de la vida: un sangrador, que entró en seguida, le hizo conocer el peligro de mi método, diciéndole la mataba; que si resolvía aquel humor que había atacado la cara, se depositaría sin duda en el corazón, ó en el pecho, y la muerte sería su efecto; en una palabra, que la verdadera indicación era procurar salida al humor intentando la supuración: estas ideas son más inteligibles para el vulgo y están más á su alcance, que la resolución y derivación: el inhumano charlatan venció; la naturaleza tuvo que pelear contra el mal, y contra otro enemigo aun más temible, el sangrador; la cara supuró, los más crueles dolores afligieron esta pobre mujer; vícti-

ma de su preocupacion, y un monton de meses aun no habian bastado para su restablecimiento: no la he vuelto á ver.

Hasta el tiempo de los Mamelucos (a), el Egipto tuvo Médicos que exercian su arte con espíritu, probidad, y celo; pero estos bárbaros, é ignorantes tiranos, no pagaron los afanes de estos Médicos sino con la crueldad mas extremada. La profunda ignorancia de estos despóticos, privándoles del menor conocimiento en los principios del arte, mandaban, á la mas pequeña sen-

(a) Nombre de una famosa dinastia que reynó mucho tiempo en el Egipto, y cuyo origen era una reunion de mil esclavos Turcos y Cristianos, comprados á los Tártaros por Melicssalch, que habiéndolos formado para la guerra, los elevó á las primeras dignidades del Imperio. Su gefe llevaba el título de Emir.

sacion de dolor, que se les aliviase, ó se les curase, y no hacian nada de cuanto se les prescribia. Los Médicos obligados á arreglarse á los caprichos ciegos de estos señores absolutos, no pensaron ya mas en curar con método, y solo si en agradar á los tiranos por un decidido empirismo; y sin ni aun soñar desde entonces en las enfermedades principales, no fixaron su atencion, sino sobre algunos síntomas particulares, que procuraban calmar al instante, y dulcificando los dolores, abandonaban toda la enfermedad á la naturaleza, y á estos crueles á su desgraciada suerte. Desde esta época, la medicina no es en el Egipto, mas que un charlatanismo mugeril. El Médico no debe dejarse dominar del enfermo, al contrario, procure dominarlo á él como dice Gré-

gory; no debe dexarse llevar de sus gustos, é impertinencias; pero el vulgo cree debe apreciar mas, el Médico mas complaciente: en efecto, la afabilidad, la mansedumbre y sensibilidad para con los enfermos, que tanto encarga el autor que acabamos de citar, es condicion indispensable para el Médico: pero no hay que dexarse dominar por sus rarezas. Hágale menos ingratos los medicamentos, cuanto sea posible, sin alterar sus virtudes como dice Virey, pero querer adularlos de un modo tan perjudicial, es interesarse poco en su salud, y mirar con indiferencia su muerte.

Jamas se hallará verdadero genio en un Médico que manifieste un corazon lleno de doblez y bajeza, capaz de digerir todas las afrentas, y que siempre se halla pronto á hacer el papel de

bobo, con los bobos, y á sacrificar á todos los ídolos: esta falta de carácter tiene su principal foco en la falta de conocimientos. Galeno que se consiguió una tan grande, y tan legítima reputacion por sus eminentes cualidades, tanto de espíritu, como de corazon, y que reunia, el solo, todo cuanto los pasados siglos habian conocido en la naturaleza, se quejaba amargamente de un gran número de Médicos que no se avergonzaban de hacer desde la mañana hasta la noche, la corte á las damas, ni de hallarse por la tarde en los festines mas sumptuosos, y de procurar, sugetándose á la moda, una reputacion bien, ó mal establecida. Ved aqui por qué, añade él, se miran las bellas artes, y la filosofia, como conocimientos muy inútiles al Médico. ¿Y nos sorprenderemos des-

pues de esto, que los artesanos abandonen sus obradores para ejercer la medicina, y que gentes que no poseen sino el arte de preparar los medicamentos, tengan el atrevimiento de colocarse entre los verdaderos Médicos? Plinio dixo muy bien, *que si se tiene desvergüenza se pasará por Médico si se quiere.*

Todo depende de la idéa grosera que se hace de la medicina. He oído decir en alabanza de un Médico de mucha nota, dice Zimmermann, *que era tan obediente, tan dócil como una ayuda de cámara*: pero un profesor que piensa noblemente de su arte, que sabe como debe estimarse, y todo cuanto debe á los enfermos, y asistentes; tendrá esta decantada docilidad? Justamente ella es lo que lo hace menospreciar. ¿Hará la medicina progreso alguno si

los que podrian contribuir mas á su perfeccion, nada hacen en favor de su arte.

Este abuso es sobretodo comun en Inglaterra, en donde los mas grandes Médicos prefieren consagrar á las bellas artes, á la filosofia y á mas matemáticas los momentos libres, que ocuparse en algunas obras, que contribuirian á los adelantamientos de su profesion. Bacon dice, que el impostór, triunfa con frecuencia á la cabecera de los enfermos, mientras que el verdadero Médico es afrentado y deshonorado, porque el pueblo miró siempre al charlatan y á la curandera, como rivales de los instruidos profesores: de aqui viene, que todo Médico que se halla con bastante grandeza de alma, para no olvidarse de si mismo, desprecia los errores vulgares, y se hace superior, por su

prudencia, á todas las invectivas. Otros mas delicados elijen diverso partido y procuran establecer su reputacion entregándose á otras ciencias, pues que la mediania en medicina es tan apreciada, y aun mas, que el mas alto grado de perfeccion. El mismo Bacon observó muy bien que la extension de una enfermedad, la dulzura de la vida, los atractivos ilusorios de la esperanza, y la recomendacion de los amigos, son razones legítimas para preferir los mas clásicos ignorantes, á los mejores Médicos.

Freind, que desde su juventud habia ya merecido la reputacion de gran Médico, y de grande escritor, raciocina del mismo modo, y sufrió igual suerte. Se puede ver, para convenirse de mi asercion, lo que dice sobre este objeto al doctor Mead, á este

hombre tan menospreciado de los empíricos, y del pueblo, y tan estimado, por sus luces, de todas las gentes respetables. "La estimacion que se concede á los ignorantes, dice él, es causa de que verdaderos genios, que se distinguirían en la medicina, busquen su reputacion, entregándose á otras ciencias, en las que exceden á los mismos que parece haber sido destinados, por la naturaleza, á cultivarlas. En efecto los que no buscan sino la gloria, y el crédito ¿no abandonan con justicia un arte en la cual las preocupaciones conceden tanta estimacion á la medianía, como al mas raro mérito, y cuyo ejercicio no tiene lustre á los ojos del pueblo, sino en tanto que la temeridad lo ensalza sobre la reserva, y la prudencia?

El charlatán tiene una venta-

ja considerable sobre el verdadero Médico, pues si alguna de sus promesas se realiza, se le ensalza hasta los cielos, y si el enfermo es engañado se calla por honor, y por no exponerse á ser vituperado por su simplicidad, en confiar su curacion á un miserable, que tiene tanto mas derecho de ser impostor, y engañador, quanto el número de los ignorantes, y crédulos es siempre el mas grande. Por otra parte este hombre atrevido no arriesga jamas su reputacion, porque como solo la tiene para con los estúpidos, el engaño será para los que han querido escucharle.

Los hombres aman de tal modo lo maravilloso, que el empírico es él solo que posee el arte de hacer gustar al pueblo de la novedad; y á proporcion de las mas absurdas promesas, mayor

la provabilidad de ser escuchado. Da un nombre bárbaro, á un simple que acaba de recoger á la entrada de la villa, en la que preconiza sus remedios, y hace la descripción de sus milagros; desde este instante el simple va á curar todas las enfermedades. Pone el falso Médico una receta que procura llenar de drogas, cuyas virtudes suele ignorar, y cuya composición, ó mixto produce efectos diversos de los que cree; la pondera, la elogia, y su mucho precio acaba de darle las mas celestes propiedades. El profesor instruido tiene otro porte, que, aunque mas científico, alucina menos: procura, si, japtarse la confianza del enfermo, que tanto contribuye al buen exito, y es, como dice Stoll, uno de los mejores cardiacos; pero lejos de el, este lenguaje misterioso y enfático, estos

gestos ridículos , símbolo del falso Médico: se empeña pocas veces en explicar las dolencias, que no pueden estar al alcanze del vulgo, y solo al hombre de luces manifiesta sus ideas: prefiere ser injustamente calumniado, á abusar de la ignorancia del que ciegamente le escucha: cuando habla es inteligible, su language conocido, y los secretos y milagros desaparecen á sus ojos.

Galeno nos dexó un fiel retrato de todos los charlatanes, y falsos Médicos en el de Thesalo, que vivia baxo el reynado de Nerón: Su padre, dice, era un artista, que no podía inspirarle el menor gusto, por quanto existe de bello y grande. Sin la menor tintura de las letras, ni de la filosofía, Thesalo se empeñó en ser Médico, y segun su grosero modo de pensar, realmente lo era: conocia no obs-

tante que carecia de las ideas, y cualidades capaces de abrir el camino al verdadero honor; conservaba siempre el tono, y aun el language de un hombre de su oficio, y se conocia con facilidad que su padre era un cardador de lana. Empezó pues por atraer la voluntad de sus enfermos, no prescribiéndoles remedios admitidos y bien adoptados, sinó adulándoles su espíritu, y amor propio. Apesar de la dureza natural de su carácter, sabia someterse á la necesidad, y obedecer á sus enfermos, como un esclavo á su señor, cuando hallaba su recompensa en esta despreciable base: pero tanto como era sumiso á los enfermos, cuya confianza queria ganar, ú sostener, otro tanto monstraba de grosería y temeridad contra los verdaderos Médicos, que podia hallar en su ilustre, y brillante

carrera; porque apenas halló el medio de agradar en Roma por esta vil conducta, no cesó de clamar, sin alguna reserva, contra todos los profesores, teniendo aun el atrevimiento de sostener no habia mas Médico que el. No conservaba mas los muertos que los vivos, y se regocijaba en proferir, y divulgar las mas denigrativas injurias contra Hipócrates. Habia en Madrid entre los muchos charlatanes que encubre en su seno aquella villa científica, y llena de sabios por otra parte, dos hermanos que con unas botellas que componian, todo lo intentaban curar: el tiempo que es el unico desengañador de los hombres, (cuando no huie antes de dexar reflexionar) ilustró sus secuaces, y los gritos de la justicia llegaron hasta el trono augusto del Monarca que felizmente reyna, quien

interesado como padre de sus subditos en el destierro de la ignorancia y del charlatanismo perjudicial, mandó se procediese contra ellos. La Academia Médica abundante en talentos é ilustracion, sacó en resumen por las declaraciones que tomó á los poseedores de dichas botellas, que las heredaran de su padre, que no sabian sus efectos, pero que hallándose sin subsistencia, echaran mano de ellas para poder vivir. ¡Cara manutencion de dos ignorantes á costa de tantas victimas, y de tantos engaños! ¡Cuantos Thésalos! ¡Cuantos millares de Thésalos! ¡Cuanta barbarie!. En efecto ¿que diferencia hay entre estos despreciables espíritus, y los falsos Médicos, cuya sola áncora es un depósito de farmacopeas, y de recetas? Ninguna. Pero no temais, jóvenes, las mas denigra-

tivas injurias, proferidas por estos genios del mal, no temais estos infelices emponzoñadores de la humanidad, oponedles las armas de la sabiduría, y si no podéis vencerlos por estar apoyados en las preocupaciones del pueblo, creed, que el Justiciero Autor del Universo será vuestro recompensador, vuestro vengador, y de la especie human. El estado sufrirá siempre esta desgraciada venganza, y el pueblo, apesar de su alucinacion, merece ser abandonado en castigo, á estos insolentes impostores. Si la sociedad tiene derecho de oponerse á los designios de un hombre que quiere hacerse desgraciado ¿por qué no tendrá el mismo derecho, cuando se trata de conservar el mayor número de sus individuos? y si lo tiene ¿se puede excusar de servirse de el?

No se crea que solo al charla-

tan sin algun título comprehende lo que acabo de decir: yo no distingo á este del empírico sin estudios, del ciego rutinero, del falso Médico; toda es falsa experiencia, en ninguno hay facultades de espíritu que obren, pues faltan las bases, tienen la *materia bruta*, y nada mas.

He aquí la ciencia que dá la falsa experiencia; he aquí los genios tutelares de la salud de los hombres; he aquí estos esclavos de los sentidos materiales, á quienes entregan su vida, y su bien estar los que tanto aprecian la salud. Sus únicas ideas, son haber visto como el bruto; sus solos talentos, poseer recetas; sus observaciones, ningunas; sus indicaciones curativas, á lo sumo, la engañadora semejanza; sus deberes, desconocidos á ellos mismos. Estos son, al parecer del vulgo,

los corifeos de la medicina, de esta ciencia celeste, benéfica, y consoladora, estos son los que se prefieren al aplicado: preguntéseles ¿que es esta práctica, y esta observacion tan preconizada por ellos? preguntéseles ¿como se debe observar al enfermo, para no confundir los síntomas, ó movimientos morbosos, con los esfuerzos de la naturaleza conservadora, que, como dice Home, se presentan infinitas veces? ¿que causas pueden variar las indicaciones, y porque? ¿que influxo tienen sobre las enfermedades las causas accidentales físicas, y morales? ¿que trastornos pueden producir sus remedios, administrados sin reflexion en la carrera, síntomas &c. de las dolencias? ¿que reglas guardan en sus grandes recetas, para que unos simples no alteren los otros, y resulte un tercero incomprehen-

sible para ellos? en una palabra, pregunteseles ¿que arte profesan? ¿que es medicina?. Pero nada se les pregunte: se remiten á la práctica; la naturaleza no habla para el pueblo, y los errores de estas cabezas sin cerebro, se sepultan con el enfermo.

Tantas sátiras publicadas por algunos hombres observadores, son efecto del juicio, que se hace de los Médicos, por los que suelen llevar mas aplausos; por eso decia un elocuente escritor, que la medicina no era vituperable, pero sí sus profesores. Hemos visto cuantos perjuicios trae á la humanidad esta confusion, y esta preferencia irracional, que eleva al empírico sobre el verdadero Médico: beamos ahora lo que se debe entender por experiencia en medicina: procuremos bosquejar el verdadero profesor, y la con-

vicción de la preferencia será el resumen de estas pocas páginas.

DE LA VERDADERA EXPERIENCIA.

Voy á oponer la verdadera experiencia, á la falsa; la razon, á la extrabagancia. Trataré de manifestar cual es este Médico, en cuyas manos puede el hombre entregar su salud con la mayor confianza, y darle á conocer que inmenso espacio lo separa, del preocupado empírico.

La palabra *experiencia*, tiene diferentes significaciones: los matemáticos, los físicos, los Médicos, y los moralistas llaman experiencia (*experimentum*), el resultado de las tentativas que hacen, para instruirse de los efectos que observan, en el mundo físico, y moral, y para señalar

las causas, ó su modo de obrar. Una experiencia, se distingue de una simple observacion, en que el conocimiento que nos da esta, se presenta por sí mismo; y el que nos suministra aquella, es el fruto de alguna tentativa que se hace con el designio de ver si una cosa es, ó no es. El Médico que considera atentamente, toda la carrera de una enfermedad, hace pues observaciones; y aquel que administra un medicamento, y observa los efectos, que produce, hace una experiencia. Asi, el Médico observador escucha la naturaleza, y el que experimenta, la pregunta. Estas dos cualidades son indispensables al buen profesor: observa en unos casos, si la naturaleza no necesita de sus auxilios; obra, en otros, si ella sola no puede terminar felizmente la enfermedad, y siendo, como dixo

Galeno, inventor de la ocasion, es, ya pacífico observador, ya enérgico cuanto es preciso. Pero el elegir los casos en que debe observar, ú obrar, está únicamente al alcance del profesor instruido, y el ignorante no puede usar, ni usa por lo regular de la observacion, tan recomendada por Frank (el padre): *in multis cèrte febribus expectans methodus optima, et naturæ minister est Medicus, non imperator*: ni menos puede obrar con energia en otros casos, pues confundiéndolo todo, y desconociendo la naturaleza, no puede en modo alguno elegir la ocasion, que tanto encarga el mismo autor: *Sed in aliis bène multis res aliter constituta et præceps occasio est, quæ oscitando, morbisque blandiendo irreparabili errore amittitur.*

La experiencia (*experientia*) en la vida civil, la política, el arte

militar, y el arte de curar es, en general, el conocimiento que se puede adquirir de estas ciencias, ó de estas artes, segun observaciones y tentativas bien echas. Pero nosotros llamamos particularmente experiencia en medicina, la habilidad de preservar al hombre de las enfermedades á que está expuesto, y de curarlas cuando se presentan.

Esta experiencia supone por principio, el conocimiento histórico de su objeto, porque sin él, es imposible fixarse un punto determinado. Supone igualmente la capacidad de observar, y diferenciar todas las partes del mismo objeto: pide, enfin, un espíritu en estado de reflexionar sobre lo que ve, de pasar de los fenómenos á las causas, de lo conocido á lo desconocido, y un talento capaz de profundizarlo todo, y de com-

prehender los misterios de la naturaleza, en cuanto se puedan percibir. La erudicion nos dá el conocimiento histórico: el espíritu de observacion nos enseña á ver, y el genio á concluir.

No es, pues, la ocasion de ver mucho, lo que constituye la verdadera experiencia, porque la simple percepcion de una cosa, nada nos dice, y la observacion de un hecho, no es tampoco lo que se entiende por experiencia médica, tomada en su verdadero sentido, y depende especialmente de la cabeza del que intenta adquirirla.

Para llegar á poseerla, es necesario, no solo leer las obras de los que abrieron el seno de la naturaleza, sino que tambien es indispensable hallarse en estado de comprehenderlas, y penetrarse de su espíritu. Pero ¿como se puede esperar la utilidad de la lectu-

ra, en unos hombres que carecen de principios? ¿qué language se usará para con ellos, si desconocen el propio suyo, el latino, y carecen del conocimiento de ninguna lengua viva? de ningún modo. El verdadero Médico debe, admas, tener grandes idéas en otras ciéncias, pues para sobresalir en la suya, no hay, como dice Grégori, alguna que requiera mas profundidad, y extension de conocimientos. Sin hablar de la filosofia, requisito indispensable para todas las ciéncias; las matemáticas, ó á lo menos sus principios elementales, la historia natural y la fisica, tienen una connexion esencial con el arte de curar, lo mismo que la botánica, la química, y farmácia; conocer al hombre sano, objeto de la fisiología, penetrarse de las relaciones que existen entre el fisico y

moral de los individuos, y su mútua influencia &c. &c. todo esto digo, es indispensable al que se encarga de la salud de sus semejantes.

Aunque de paso, echemos una ojeada, no por las diferentes revoluciones de la medicina, sinó por las mas famosas sectas, y veamos si en alguna de ellas podemos hallar la verdadera práctica.

En todos los tiempos, y en todas las naciones los falsos Médicos han estado en contradiccion con los verdaderos. Apesar de esto no se crea, que la falsa experiencia, solo es patrimonio del empírico, y que la verdadera no se halla, sinó en los dogmáticos; pues se han visto buenos profesores entre aquellos, y falsos Médicos entre estos: cuando el empírico unió conocimientos, y genio á su práctica, fué buen Mé-

dico; y cuando el dogmatico solo leió libros de su secta, queriendo arreglarlo todo á su teoría, fué un ignorante.

Aunque los mas despreciables empíricos, hayan sido siempre en gran número en todas las naciones, no se puede menos de convenir en que, desde los primeros tiempos de la medicina, hasta que se le reunió la filosofia, el Médico mas sensato, el mas íntegro, no fué sinó un empírico muy mediano. Pero los Médicos no tenían entonces nombre, y lejos de formar partidos, todos seguian el mismo camino. Despues que se adquirieron mas luces, cada uno tomó insensiblemente su diversa ruta. La mayor parte se entregaron á investigaciones inútiles, y solo se ocuparon en subtilezas frívolas, mal apoyadas por la defectuosa filosofia de su tiempo.

Las diferentes opiniones que se formaron entonces del arte, y los sucesos que se vieron, apesar de esto, del uso de algunos buenos medicamentos, constituyeron poco á poco una secta, que se propuso renunciar todas las subtilezas, para atenerse únicamente á lo que enseñaba la experiencia: el origen de este partido, remonta al tiempo de Herófilo.

Pero bien pronto se apartaron en el modo de raciocinar. Desecharon los mas importantes remedios, cuya eficacia habia confirmado la experiencia: ya no quisieron sangrar, ni purgar, porque estos medios curativos no se acomodaban con su sistema: de donde Herófilo concluyó, que cuantos mas conocimientos se tenían, mas se apartaba de la verdadera práctica; pero estas ideas no eran, ni podian ser las del verdadero

Médico, y si teorías, ó mas bien hipótesis, á las que querian acomodar el arte. Philino de Cos, su discípulo, creyó inútiles los conocimientos anatómicos, que su maestro le habia comunicado, porque, como el decia, no le suministraban algun recurso en la práctica de su arte, y que así era perder el tiempo, buscar las causas de las enfermedades, ya que la anatomía no daba luz alguna sobre este objeto; enfin, que no era preciso raciocinar tanto, sinó atenerse á la experiencia, la que sola hacia el Médico. Serapion de Alexandría, reduxo estas ideas á sistema, y segun Celso, fue el gefe de un partido, cuyos secuaces tomaron el nombre de empíricos, sacado de la palabra experiencia.

Estos Médicos entendian por experiencia, lo que se habia conocido ya por puro acaso, ya per

alguna tentativa, y llamaron imitacion, la repeticion de lo que se habia hecho, en tal, ó tal circunstancia despues de haber mirado lo que sucedia. Esto era, segun su idéa, tener una verdadera experiencia, quando á la ayuda de la imitacion mucha veces repetida se podian fixar proposiciones, de las que se deducian lo que sucede en tal, ó cual ocasion, de este, ó del otro modo. Si los fundadores de esta secta no merecen nuestro menosprecio, sus sucesores lo exigen de justicia, pues apartandose del modo de pensar de aquellos, condenaron la erudicion, la anatomía, la fisiología, y la filosofía, que son el alma de la ciencia. Los fundadores del empirismo buscaron la verdadera práctica, queriendo reunir á ella los conocimientos entonces adquiridos, y sus estúpidos sucesores se con-

tentaron con la falsa: estos son nuestros rutineros del día.

Los Médicos dogmáticos no son todos igualmente apreciables, pues muchos no queriendo limitarse al raciocinio de los hechos, se descarrian en la investigacion de las causas próximas, y se precipitan en el *mare magnum* de las hipótesis. Así aquel que intenta llenar las indicaciones, y penetrar en la esencia de las enfermedades, por la sola experiencia, es un Empírico, como decía Galeno, y el que lo intenta por el solo raciocinio, es un Dogmático. ¿Cual es, se me dirá el mejor Médico, el que se debe preferir? sigamos mas adelante, y una nueva claridad iluminará sucesivamente nuestros pasos.

No se sabe, con seguridad, quien fué el fundador de la secta dogmática; los que la siguen atri-

buyen esta prerrogativa á Hipócrates, porque en muchas de sus obras parece contradecir con bastante extension, y mucho juicio, á los que hacian consistir la medicina en un ciego uso, y porque admas, exerció su arte, segun constantes principios, añadiendo á su experiencia el razonamiento de los filósofos que le habian precedido. Pero Galeno, mas bien que Hipócrates, parece ser el fundador de los dogmáticos, el que hizo en medicina, lo que Descartes en la filosofia: ambos partiendo de falsos principios, nos enseñaron tan bien el arte de filosofar, que solo siguiendo su método, se los puede refutar.

Los empíricos habian observado, mucho tiempo antes de Galeno, que los Médicos filósofos abusaban de su instruccion, pues no fundaban sus razonamientos, sino

sobre proposiciones arbitrarias; que sus definiciones no estaban de ningún modo apoyadas en la naturaleza, y que ellos tenían razón de atenerse á su sola practica. Las mejores cabezas se inclinaron á los dogmas de Galeno, pero se sabe tambien que formaron menos un partido, que la reunion de un cierto número de hombres, que elijian lo mejor en las diversas sectas. Estos eran sin contradiccion los mas sábios, y se les llamó *Eclecticos*. Los Galenicos, propiamente dichos, eran los verdaderos antagonistas de los empíricos. Es necesario obstante convenir, en que estos debian ser contados entre los verdaderos Médicos, cuando comenzaron á formar su secta; y que los dogmáticos no eran sino falsos, cuando deducian sus principios de ideas quiméricas.

Pero poco á poco, los empíricos se humillaron hasta el nivel del mas baxo pueblo. Los dogmaticos al contrario, bastante animosos para vencer todos los obstaculos, que parecia se multiplicaban delante de ellos, volvieron á tomar el camino que habia seguido Hipócrates. Acaso no hallaremos un modelo mas exacto del verdadero profesor, que en este hombre tan moderno para los adelantamientos de la ciencia, como antiguo con respecto á nosotros.

Los químicos formaron en tiempos mas modernos una nueva especie de empíricos. Olvidaron toda erudicion, y aun tambien las historias, y signos de las enfermedades, para buscar las causas en sus hornos, y laboratorios, y acomodarles la práctica. Serapion, y sus discípulos

procuraban tanto conocer las enfermedades, como los medicamentos; los empíricos de ahora, no se ocupan sinó de las virtudes de los medicamentos, y nada de las enfermedades, porque es mas difícil conocer estas como deben conocerse, que poseer para cada mal su remedio. Ya sé que si se les pregunta que enfermedad es, le darán su nombre; pero ¿será el verdadero? ¿la conocerán aunque la clasifiquen? conocer una enfermedad comprehende mas en si, de lo que parece; resume en si mas conocimientos que los del meramente empírico, y una enfermedad de igual nombre es casi esencialmente diferente, pues reclama diversos remedios. Veamos sino las pleuresias, pulmonias, afecciones nerviosas, é hipochondríacas. ¿Cuantos planes pueden admitir casi diametralmente

opuestos? pero ¿para que exemplos? el hombre sin reflexion me leerá sin fruto, y el imparcial pensador no necesita apenas mas que apuntarle las idéas. Quedamos pues en que los primeros empíricos, eran verdaderos Médicos, y que los actuales, solo merecen el nombre de portátiles recetarios.

La locura se diferencia tanto de la razon, como nuestros empíricos de los verdaderos Médicos. Estos respetan, y buscan la erudicion, que aquellos menosprecian, porque carecen de ella, y como les es suficiente el lenguaje del pueblo, no tienen necesidad de saber mas, y desechan con razon lo que podria desmascararlos. El pueblo honra en ellos sus propias preocupaciones, y estas almas viles se atribuyen estos respetos á semejanza del Asno de la fábula, que creia hechos á el, los

que el pueblo dispensaba á la estatua de Isis, que conducia. Ciceron dixo con mucha razon, que el deber del Médico, era tratar las enfermedades con el método mejor reflexionado; *curare appositè ad sanandum*, y Rober, que el objeto de la medicina era el método científico de tratar las enfermedades: pero segun el espíritu de los falsos Médicos, es dar para una dolencia desconocida un medicamento desconocido, ú obrar á ciegas. Poco les importa que tal observacion se haya hecho en tal tiempo, ó en tal pais, y que una enfermedad tratada de este, ó del otro modo, tenga tal terminacion, pues que, segun ellos, ninguna debe terminarse, ó mas bien curarse, sino de la manera que sea determinado por los efectos de sus medicamentos: basta que una droga tenga tal, ó cual

virtud, y es inútil procurar imitar la naturaleza en la solución de la enfermedad, y arreglarse á su grado de energía, para observar, obrar con actividad, sostener, ó ayudar; todo depende del remedio, no de la prudencia del Médico, y aun menos del estado de las fuerzas vitales: amontonan las medicinas, sin acordarse que cada cosa debe ocupar su lugar como decía Horacio:

*Singula quæque locum teneant
sortita decenter.....*

Tal es la lógica de estos pretendidos prácticos, que tubieron en todos tiempos demasiados imitadores entre los que debian ser verdaderos Médicos. Strabon decía no era posible ser gran poeta, sin ser hombre de una providad real ¿y un Medico puede darse por tal sinó odia la baxa conducta de estos detestables empiricos? ¿qué

nombre se les puede dar cuando aventuran sus recetas sin estar fundados en principios claros, ciertos, y perfectamente penetrados de las indicaciones? ¿no es ser el mas mortal enemigo del enfermo pretender curarlo sin conocer, hasta cierto punto, la naturaleza de la enfermedad, ya por las causas y signos, ya por el estado antecedente, y el estado actual? Se puede decir sin equivocarse, que los medicamentos *in manu imperiti, sunt uti gladius in dextera furiosi*. ¿No es faltar á quanto exige la humanidad, suponiendo que olvidan lo que se debe á la religion, presentarse á la cabecera del enfermo, sin los conocimientos necesarios? ¿Se puede decir hice lo que pude, si no se dice al mismo tiempo, sabia lo que debia saber? Se debe amar la religion en el Médico, como luego veremos, por-

que se hermana fácilmente con los principios del honor, y de la providad.

Como los empíricos no tienen necesidad de ciencia para saber lo que han de hacer, están siempre en estado de darse cuenta asimismo de su conducta, cuando saben combinar su porte, con su interes: hicieron todo su deber, cuando abusaron de los ignorantes, que los autorizan á ser engañadores, y á esto se reduce su experiencia.

La verdadera experiencia no se halla sino siempre unida al mérito, y los caracteres de un buen profesor están estrechamente ligados con aquella. El Médico debe pues, para poder llamarse tal, y para no usurpar un nombre tan sagrado, ser racional, filósofo; un hombre de genio, un observador, erudito, aplicado; en-

fin sensible, y religioso. Estas propiedades debe tener el verdadero Médico; no le basta ser racional sin erudiccion; erudito sin observacion; observador sin filosofia: cada una de estas condiciones aislada poco vale, y le expone á olvidar las otras: acaso esta fue la razon de los trastornos que sufrió la ciencia, pues cada uno la acomodaba á su modo de pensar buscándola unos en la sola práctica, y otros en arbitrarias teorías. Si, cultivada primero por los Magos de la Asiria, y Caldea, segun Petit Radel, comenzó por la observacion; se divinizó entre los Egipcios; pasó á los Griegos; se hizo propiedad de los Asclepiades; se debilitó despues de Anaxímenes, Empedócles; volvió á tomar su esplendor baxo Hipócrates; se hizo sistemática baxo sus sucesores; verbosa baxo Ga-

leno; se oprimió al nacimiento de la química por Paracelso; fué mecánica baxo Boerhaave; anímica baxo Stahl; quimérica baxo Mesmer; hipotética baxo Brown; sí, digo, sufrió tantas revoluciones ¿debemos atribuir las mas de ellas á otra causa, que á esta predileccion de conocimientos? El que no tenia idéas, la hacia empirica; el que espíritu y sutileza, sistemática; y el que poseia otras ciencias, todo se lo queria apropiarse, pues, necesario que el Médico reuna la filosofia á la observacion, al genio, á la erudicion &c.

Medicus filosofus est Deo equalis, neque multa est inter ipsos differentia dice Hipócrates. Atrevida parece, á la verdad, esta comparacion del Oráculo de Cos, pero si atendemos al puesto eminente que ocupa el Médico en la sociedad, á lo mucho que lo ensal-

za la filosofía, y á la dignidad de la ciencia, se disculpará su entusiasmo. La filosofía pues, esta antorcha de la razón que ilumina nuestro entendimiento, que eleva nuestras facultades, que nos enseña á usar con acierto de nuestras sensaciones, comparándolas, analizándolas, y convirtiéndolas de masa informe, en luminosas ideas, que dá orden á estas, en una palabra, que allana el escabroso camino que debe conducirnos al templo de Minerva; la filosofía, digo, fué la que hizo tan grandes héroes, la que abrió el camino de la gloria á los Aristóteles, Epicuros, Cartesios, Hipócrates, Areteos, Bacones, enfin, á los grandes hombres de todas las ciencias, y de todas las edades. Sin filosofía ¿que es el Médico? si ve sin reflexionar, si no juzga con rectitud de las cosas, sino analiza las

idéas compuestas que se le presentan, y si todo lo confunde ¿podrá jamas sacar la menor utilidad de cuanto se presenta á su ojo irreflexivo? ¿usará jamas del verdadero criterio, para distinguir las falsas apariencias, y lo cierto de lo dudoso? ¿será capaz su imaginacion de representarse á lo vivo las idéas, las imágenes que hace tiempo adquirió, si solo vió, solo tocó como el bruto, sin acordarse poseia mas que este, un entendimiento capaz de las mas grandes cosas? *Médicos, dice Galeno, qui solam experientiam sequuntur non admittimus, quoniam ipsi sicut idiotæ faciunt, quæ vident inspicientes, et rerum quidem eventum contuentes, causam uitem ignorantes.*

El Médico sin filosofía no puede adelantar en la ciencia. Nuestro Hipócrates hermanó la medi-

cina con la filosofía, y ésta con aquella. Este gran egnio conocia, que el hombre que ignora el modo de usar, y dirigir sus facultades intelectuales, no podia ser sino un monstruo en cualesquiera profesion á que se dedicase. Pero ¿que es el Médico filósofo, pregunta Mr. Bricheau, criticado siempre por los ignorantes, ó por hombres de mala fé? Responderemos, para instruir los unos, y confundir los otros, que el Médico filósofo es aquel que lleva al estudio y práctica de su arte, las luces de un espíritu justo y de una razon ilustrada, con cuya ayuda llega á discernir lo falso de lo verdadero. Organo de la verdad, su voz elocuente y enérgica combate mientras puede los errores de su época, y si no consigue se oyga su voz sofocada por los prestigios del error, las intrigas,

y el charlatanismo, es su deber consignar en obras el fruto de sus trabajos, sobre las cuales el juicio de la posteridad, juicio tardo pero imparcial, restituirá tarde ó temprano la verdad en los derechos que le pertenecen.

Tal vez ha llegado el tiempo, dice Pinel, en que la medicina, libre de las trabas que le ponian el espíritu de rutina, y favorecida de la opinion pública, pueda asegurar su curso, guardar una severa exactitud en la observacion de los hechos, generalizarlos, y de este modo igualarse con todos los ramos de la historia natural. Pero esta filosofia, esta análisis tan decantada en el siglo presente, esa filosofia médica no fué desconocida á los antiguos profesores. Se confunde, aun por hombres de mérito, la análisis en medicina, con el órden, y método de

escribir: en efecto estoy persuadido que la análisis médica consiste menos en distribuir las enfermedades en clases, órdenes y especies, distribución útil para no confundir la imaginación de los principiantes, que en ver, oír, tocar, &c. con método, con precisión, con reflexión, con análisis; en observar cada síntoma de por sí abstraéndolo del conjunto, para luego formar un todo racional, y poder distinguir la enfermedad esencial, del síntoma propio del temperamento, de la edad, del género de vida; del peculiar de la estación; del originado por la moral del enfermo, &c. Esta es una de las mas grandes ventajas de la análisis filosófica. La investigación de las causas requiere el mismo cuidado, y es de los beneficios mas importantes de la filosofía apli-

cada á la práctica de nuestra arte. Baxo este punto de vista, Hipócrates, Areteo, Cœlio Aureliano, Celso, Galeno, Sennerto, Vallés, Dureto, Próspero Alpino, Riverio, Casal, Heredia, Mercado, Piquér, y otros muchos usaron de la mas estricta análisis, pues son acaso los mejores observadores del hombre enfermo, los que nos dejaron máximas mas racionales, y en ellos se hallan las historias mas delicadas, mas bien determinadas, que en muchos analíticos por excelencia.

Leclerc conocia la necesidad del raciocinio en la medicina, y que era lo mas irracional quererle privar de el. El raciocinio, dice Grégori, es absolutamente necesario al Médico, de modo que la diferencia de un profesor á otro consiste en el mejor discurso que es propio de cada uno.

Pero no sea que por querer raciocinar, olvidemos la observacion, sobre la cual deben unicamente cimentarse nuestros juicios; por esto decia Baglivio, *duo sunt precipui medicinae cardines, ratio, et observatio; observatio tamen est filum, ad quod dirigi debent Medicorum ratiotinia.*

El querer hacerlo todo por el raciocinio precipitó á algunos en la arbitrariedad de las hipótesis mas perjudiciales: *multi nimium rationi tribuunt, et nihil experientiae; multi contra faciunt. Utrique æqualiter peccant, undè tot inter Medicos contentiones, tot inter theoriam, et praxim dissidia.... fal-lax non rarò experientia; si ratio-nis ductu fuerit destituta.* Galeno encargaba mas observacion que raciocinio, y pocos habrán sido mas hipotéticos que el Boerhaave, Hoffmann, Sthal, y otros escritores

sistemáticos declamaban contra las teorías, desconociéndose á si mismos.

El razonamiento, que no es sino una larga cadena de juicios dirigidos á una conclusion, está enteramente fundado sobre la bondad, y exactitud de las idéas, que son la base. El juicio da, dice Petit, un carácter particular al espíritu humano; aquel que lo establece sobre relaciones reales es un espíritu sólido; aquel que se contenta con relaciones aparentes es un espíritu superficial; el que ve las relaciones tales, cuales son es un espíritu justo; aquel que halla relaciones imaginarias, que no tienen realidad, ni apariencia de realidad es un loco; el que no compara es un imbecil; la actitud mayor, ó menor para comparar las idéas y hallar sus relaciones, es lo que

hace á los hombres de mas ó menos espíritu. Debemos siempre apoyar nuestros raciocinios sobre bases ciertas fundadas en la observacion, pues de otro modo se disiparán con facilidad á la cabezera del enfermo, ó al contemplarlos un espíritu justo. Precedan los echos, y siga el raciocinio dice Celso, y veinte enfermos que sean el objeto de nuestras investigaciones, serán otros tantos soles que nos iluminarán el mundo médico, sirviéndonos de guia en la tenebrosa noche del error, en la que nos exponemos á caer, si la razon y el juicio nos abandonan. Esta doctrina de que me nutri, en el Benéfico Establecimiento de Médica Clínica de Madrid, será siempre lo que me hará tributar las gracias mas sinceras á sus Ilustres Maestros.

Llamamos Médico observador, al que posee la habilidad de ver cada objeto tal, cual es y de conocer sus relaciones. La observacion es el resultado del uso de esta actitud. No todos los que ven observan: el vulgo, el empírico ve fenómenos en una enfermedad, y toda su ciencia consiste en verlos; todo el mundo ve síntomas, pero muy pocos sacan de ellos signos como dice Landré Beauvais: sus relaciones le son desconocidas, y el rutinario solo aspira á hallar un remedio que acalle todos los síntomas, como si pudieran desaparecer los efectos, cuyas causas permanecen. Asi la habilidad de observar, no es sino la pronta percepcion de las relaciones de las cosas, y de los signos que nos indican el orden y complicaciones.

Serian inútiles las impresiones

que afectan nuestros sentidos, si el espíritu subsistiese en inacción cuando se depositan en el sensorio comun. El alma seria rica en imágenes, y vacia de pensamientos, limitándose todo su saber al conocimiento de lo individual. Es necesario, apesar de nosotros mismos, que estemos siempre en actividad; pero esta no debe limitarse, como dixé ya, á las cosas individuales, pues es preciso compararlas con todas las que se le parecen, y saber abrazar con rapidez todas las semejanzas, y todas las diferencias: para esto debemos unir la filosofía á la observacion.

El único medio de descubrir todo cuanto se halla en un objeto, es examinarlo en detall, y descomponerlo hasta que quede tan simplificado que no se pueda analizar mas; pero esta aná-

lisis tiene sus límites. No sea que por demasiado dividir, nos precipitemos en un extremo opuesto; no sea que queriendo descomponer una enfermedad, demos existencia aislada á lo que solo la tiene en el conjunto. Esto es lo que hace el falso Médico, cuando limitado á la sola práctica, echa mano de la medicina sintomática, creiendo que cada fenómeno es una enfermedad, no siendo mas que ramas de un mismo tronco. El empírico no penetra, ni observa las relaciones de los objetos, porque para esto se requiere un hombre acostumbrado á pensar, y cimentado en buenos principios. No todos son capaces de este espíritu, de este genio observador, que tanto distingue al verdadero Médico: Nicómachus dixo á un expectador, que no hallaba que admirar en un cuadro

de Apeles, *toma mis ojos, y ve.* Todos igualmente creen juzgar bien de las cosas, porque cada uno ve á su modo: Pitágoras, decía un antiguo filósofo, miró el sol muy diferente de Anaxagoras; este lo veía como una piedra, aquel como un Dios. Otros no ven sinó á medias, y nunca lo bastante, porque limitandose á partes separadas, dexan el todo.

El mas alto grado de espíritu de observacion, es tan estimable en la moral, como en las artes, dice Zimmermann. Sócrates poseía el don de observar en un grado tan eminente, que en las ocasiones mas críticas, formaba al momento en su espíritu una conbinacion bastante justa, para poder pronosticar con certeza lo que este hombre llegaría á ser. El célebre Lavater tenía un espíritu de observacion tan fino, y sutil, que

llegó á sobresalir, mas que ninguno otro, en el arte fisonómica, si hemos de juzgar por sus obras.

Muchos miran al Médico como un observador, cuando visita muchas veces al enfermo, cuando mira, con grande atencion, todas sus excreciones, cuando entra con los asistentes en grandes detalles sobre las deposiciones, los esputos, el pulso, la respiracion &c. pero esta atencion no hace al observador. Todo es muy interesante en ciertos momentos, pero en otros es necesario considerar, y observar de un modo muy distinto, y es menos el ojo quien debe ver, que el espíritu. Aquel que no es capaz de observar el hombre moral, no conocerá jamas las enfermedades del cuerpo. El mismo talento que nos hace percibir las dolencias del espíritu, tan bien descritas por el grande

Lecamus, nos manifesta igualmente las indisposiciones del cuerpo, pues las unas y las otras, tienen sus signos determinados, que solo el buen observador puede penetrar.

El verdadero Médico observa, lo que el empírico no investiga; porque aquel debe darse cuenta asimismo, de todas las circunstancias de una enfermedad, al través del velo que las cubre: debe saber simplificarlas, distinguir lo constante, de lo variable; lo esencial, de lo accidental. Es necesario conozca, de que modo una enfermedad ha llegado al estado en que se le presenta, y como estas circunstancias pasaron de la posibilidad, á la actualidad. Todo esto depende de la penetracion, y no podrá jamas determinarlo por los signos, ni los síntomas.

La cantidad desigual de espíritu de observacion, es un manantial de disputas entre los Médicos que son el pretexto de que se valen muchos para ultrajar al arte, y criticarla de aerea.

Cada uno ve á su modo, pero si todos razonasen segun la naturaleza, pocos verian de diversa manera, pues se limitarian á lo que ella enseña, y sus juicios jamas serian hipotéticos. Hoffman decia con razon, que abandonar lo que se presenta á los sentidos, para entregarse á puros razonamientos, es una estupidez, una ceguera de espíritu, pues todos los racionios que se apartan de la naturaleza, jamas deben admitirse.

El Médico que ve todas las circunstancias de una enfermedad, aquel que no las ve sinó á medias, el que nada ve, ó que solo

observa sus preocupaciones, deben necesariamente ser de un diverso modo de pensar, y no obstante todos juran sobre su experiencia. El hombre defiende hasta morir lo que cree haber visto sin preguntarse si estaba en estado de ver. Un hombre embriagado jurará que todo se mueve á su alrededor: un icterico, que no tuviese idea de su enfermedad, diria que todo era amarillo: el viejo cree el mundo muy diferente de lo que era en su juventud, porque lo ve con otros ojos; y todos se apoyan en su experiencia. El caracter de las enfermedades, el arte de curar, las virtudes de los medicamentos, se deciden segun la práctica de aquel que las conoce, y del que las ignora. El Médico que descubrió las sendas de la naturaleza que sigue todos los dias; la vieja en-

fermera que practicó las órdenes de este, y el charlatan, el falso Médico, todos llaman á su experiencia. Pero ¿se la puede llamar sin el espíritu de observacion, que es preciso suponer en un hombre hábil? ¿Es acaso por una ciega rutina, por la que se puede descubrir la naturaleza? ¿Que debe pensar un enfermo al ver varias personas de un modo de sentir, con frecuencia, enteramente contrario, apelar á sus años, y á su experiencia? ¿creerá jamas que la medicina es un arte que tiene principios ciertos, y que supone tanto genio, tanta instruccion?

Los hombres, llenos de impaciencia en sus sufrimientos, exigen, algunas veces, una certidumbre infalible en todo cuanto dice, y quanto hace el profesor; certidumbre que no se halla en

alguna de las ciencias humanas, á excepcion de las matematicas puras. En general, nosotros podemos decir, que todo cuanto nuestros sentidos nos aseguran, todo cuanto se deduce de una justa induccion, y todo cuanto vemos en nuestras idéas, es verdadero. Lo incierto de la medicina, y por consiguiente lo que es preocupacion, opinion &c. no disminuye la certidumbre de lo que la ciencia tiene de verdadero: conocemos los efectos con bastante certeza; las causas son las que nos embarazan: pero no nos engañamos, si todos los efectos de una causa nos son de antemano conocidos, de tal modo que esta pueda determinarse por los fenómenos á que da origen.

Así es como el Médico guiado por la filosofía y la observacion puede presentarse animoso

á la cabecera de los enfermos, y penetrar en lo mas intrincado del mal, á donde no puede llegar el falso profesor. Pero debe admas reunir sus propias observaciones á las de los maestros de nuestro arte, para desde un principio cimentarse en bases fixas, y ciertas: esto se consigue por la erudicion.

Se llama erudicion en medicina, el conocimiento de lo que los otros observaron, y experimentaron sobre el arte de preservar el cuerpo humano de las enfermedades á que está expuesto, y de curarlas, ó hacerlas mas soportables quando se presentan. Pero como la ciencia del hombre sano y enfermo está estrechamente ligada con la de la naturaleza, se ve que la erudicion médica es mucho mas extensa, de lo que parece á primera vista:

ella es la llave maestra con la que el Médico penetra en lo interior de la naturaleza, pues le enseña de ante mano el pais en que va á entrar, á diferencia del empírico, que ignora hasta las sendas mismas que conducen á el.

Nada hay mas ventajoso para ilustrar al observador, que el conocimiento histórico de la ciencia, por el que entendemos, lo que los mejores Médicos nos dexaron sobre la teoría de los signos, y de los síntomas, que nos demuestran que tal enfermedad es esta, y nó aquella. Pero la verdadera erudición es mas bien una abilidad de espíritu, que una obra de la memoria, porque basta que esta sea mediana, cuando se le une un buen espíritu, y la aplicación al trabajo. Suponiendo pues la capacidad, y la voluntad, adquirimos la erudición tan esencial al

Médico, ya por la lectura, ya por la conversacion de gentes estúdiosas, únicamente amigas de la verdad. Las ideas de los otros, su saber, su experiencia, enfin, todo quanto puede pertenecerles se reune con lo que nos es propio, y peculiar. El genio mas superior no aprenderia sino á fuerza de tiempo á discernir por si mismo las enfermedades, si los escritos de los grandes Médicos que le precedieron, no le hubiesen trazado los primeros rasgos de este conocimiento.

Hipócrates, el sabio Hipócrates, el que solo merece el honorífico titulo de Padre de la medicina ¿de donde sacó tantas verdades, tantas sentencias, tantos infalibles aforismos, que cada uno necesitaba haber visto un infinito número de enfermos? Se aprovechó primero de las observaciones de sus predece-

sores, para luego poder utilizar-se de las suyas. Era el décimo septimo Médico de su familia; y los hechos observados por hombres llenos de sagacidad, á quienes la lectura de los libros no podia distraer del estudio de la naturaleza, habian sido sucesivamente recogidas, y transmitidas como un precioso patrimonio. Admas habia viajado por todos los paises, en los que veia alguna sombra de civilizacion; y las copias que sacó de las historias de los enfermos, colgadas en las columnas de los templos de Esculapio, y de Apolo, unidas á los hechos, é ideas felices que recogió de los mismos enemigos de su familia, y de su escuela, los de la escuela de Cnide, que no sabian ver como el, pero que, apesar de esto, habian tenido ocasiones de reunir un gran número de hechos casi sobre

todas las partes del arte, despues, digo, de haberse enriquecido con los despojos de sus predecesores, se puso el mismo á observar, y ninguno tuvo mas medios que el para hacerlo con suceso, pues que en todo el tiempo de su larga vida, exerció su profesion con un brillo de que se hallan pocos exemplos en la historia. La erudicion nos lo hace admirar, pues sin ella no llegaria seguramente á merecer tan justos elogios.

Existe una preocupacion que hace creer al vulgo, que la diversidad de climas exige una medicina del todo diferente. Esta ridicula opinion destierra toda lectura, y todos cuantos conocimientos podríamos sacar, aprovechandonos de las observaciones, y experiencias de los otros: es tambien necesario, segun este principio, que el Médico cree, por decirlo

así, una nueva medicina todas las veces que cambie de clima; por esto le decian á Zimmermann cuando volvió á Suiza, que no era capaz de ejercer la medicina en aquel país, despues de haber estado en Francia, y en Inglaterra para profundizar su arte; ¿si se juzgaria por mi peluca inglesa, dice el, que necesariamente haria morir á mis enfermos, porque no sabria ordenarles sino medicamentos ingleses? No es difícil de percibir cuan útil es este error á los empíricos, y rutineros, cuando se trata de desacreditar á un buen Médico jóven, ó viejo que se presenta de nuevo en un país.

Todas las enfermedades no son las mismas en todos los tiempos, es verdad, y una misma es algunas veces acompañada de síntomas muy distintos en climas diversos, y aun en iguales circunstan-

cias: la viruela no es hoy, lo que en tiempo de Berenger de Carpio; esta no es una enfermedad del mismo carácter en todos los climas, ni acompañada de los mismos síntomas, y signos en todos los países en que se manifiesta; no admite los mismos medios curativos, y es mas peligrosa en los países frios, que en los cálidos. Un español vá, y viene al Perú con una viruela, que mataría aun Danés, apesar de los mejores medicameutos. Los Yaws, que los negros traen de la Guinea á la America, y que creen algunos origen de la viruela, no son en los Barbades sinó tuberculos que se elevan sobre la piel, y que se desecan, y desaparecen por el uso de algunas plantas, &c.

No se puede dudar que el diferente modo de vivir de los pueblos exige en ciertos casos que el

Médico disminuya, y aumente la dosis de los medicamentos. Boerhaave prescribía en Holanda vomitivos que harían echar hasta las entrañas á los que no tubiesen su estómago provisto de queso, manteca, pescados corrompidos, y preparado con esto contra la acción de un fuerte vomitivo. Se come en Roma menos que en París, por eso se dan en aquella eméticos menos activos que en este. Los purgantes de que usaba Hipócrates, son generalmente demasiado enérgicos para nosotros, y en diferentes lugares de una misma Provincia, se observa esta diversidad, que percibe al momento el buen Médico por la topografía del lugar, temperamento de sus habitantes, alimentos de que usan, &c.

Pero apesar de todas estas circunstancias, y de otras muchas

que el verdadero Médico jamas olvida, esté seguro que reyna en el carácter del mayor número de enfermedades, mucho constante y uniforme, y que la ventaja de los buenos métodos, y medios curativos es en todas partes la misma. Las enfermedades agudas, y por consiguiente las dos terceras partes de las que afligen la especie humana, tienen casi en toda la Europa los mismos síntomas, y las mismas terminaciones que en las obras de Hipócrates. El mismo nos dice que sus observaciones se hallan verdaderas en los climas mas opuestos. Léanse sus epidémias, examinéense sus aforismos, sus pronósticos, y se verá que los signos de las enfermedades, sus síntomas esenciales, y sus terminaciones son ahora las mismas que despues de veinte y tres siglos. La pleuresia, la tisis pul-

monar, la epilepsia, la hidropesía se presentan con el mismo aspecto que en tiempo de este Médico: en efecto, existe, como dice Landré Beauvais, una parte de la medicina que jamas variará: esta es la Semejotica, ó la ciencia de los signos. Las fiebres que Hipócrates nos describe se han manifestado, y se manifestarán en todas las edades, y en todas las regiones, como se puede ver por los escritos de Casal, Sydenham, Grant, y otros.

No solamente las enfermedades descritas por los antiguos se parecen á las nuestras, sinó que tambien sus métodos curativos son muy ventajosos en todos los climas, con algunas modificaciones. Jamas trataremos mejor que Hipócrates la frenesí, la esquinancia, la pleuresia, y en general todas las fiebres complicadas con

110

inflamacion. Un purgante al principio de una fiebre putrida, es un remedio admirable en todas partes, mientras que la sangria seria muy dañosa: la disenteria se cura en Batavia, y en Suiza, como entre nosotros: Bontius dice que el efecto de las semillas frias es el mismo en Batabia, que en Holanda: la quina cura las intermitentes tanto en el Perú, como en España, en Francia, en Italia, en Holanda, en Alemania, en Inglaterra, &c. &c. Pero sigamos con las ventajas de la erudicion, aunque creo de la mayor utilidad el destierro de una preocupacion tan comun, y que tanto puede influir en el abandono de la ciencia.

Con la erudicion un Médico penetrante verá en las enfermedades de las naciones mas lejanas, la de sus compatriotas; pero

distinguirá los temperamentos sobre los cuales influye tanto la localidad del pueblo, para adaptar según ellos las dosis de los remedios. Este estudio, ó la lectura es tan esencial que Rhazes decia que mas queria un Médico, que no hubiese visto enfermos, que el que ignorase lo que escribieron los antiguos: ella nos hace gozar de los grandes descubrimientos de todas las edades, y un solo instante basta para instruirnos de un gran número de verdades que costaron años enteros de cuidados, y de trabajos. La vida es corta, dice nuestro gran maestro, el arte inmensa; es, pues, imposible experimentarlo todo por si mismo. Mil Médicos, decia el mismo Rhazes, han trabajado hace mil años en perfeccionar la ciencia: leyendo sus obras con atencion se instruirá mientras una corta vida

en muchas mas cosas , que andando de enfermo , en enfermo en el espacio de mil años.

Enfin las utilidades de la erudicion son tan considerables, que todo Médico que puede ser erudito; debe necesariamente intentarlo, y si no tiene la capabidad precisa para ello , renuncie la práctica de un arte para la cual no le ha destinado la naturaleza; pues sin ella será al lado del enfermo un espectador inútil y ocioso. ¿Qué haceis vosotros empíricos? ¿cual es vuestro porte? ¿obrais , ó nó? si obrais ¿ como , de que manera, en que bases se fundan vuestras indicaciones? y si no haceis nada ¿ porqué no buscáis vuestra subsistencia en artes menos delicadas , y en las que no peligre la vida de los hombres.

Celso pensaba que debía haber en el Médico cierta cualidad

que no se puede explicar, ni comprender. Este *yo no se que* de Celso, es lo que hace diferenciar dos Médicos que tienen la misma educación, los mismos estudios, vieron los mismos casos, y los cuales no obstante no son iguales en mérito. Este *yo no se que* era quien diferenciaba á Próspero Marciano de Galeno, lo que obligó á aquel á decirle, yó lei los pronósticos de Hipócrates como tú ¿porqué pues no pronostico del mismo modo?. Esta fuerza que Paracelso buscaba en los astros, Lencilius en los unguentos, y el empírico en sus fárragos, y falsa práctica, es el genio que no tienen estos, y de que carecian aquellos.

El genio ocupa el lugar mas predilecto entre todas las qualidades del espíritu, y entendemos por genio un alto grado de espíritu,

acompañado de una extremada finura y penetracion, ó sea un alto grado de perfeccion en todas las facultades intelectuales. Se ha confundido muchas veces al genio con los transportes fogosos de una imaginacion desarreglada, y se quiso pribar de cierto grado de razon, y madurez. No se confunda jamas el verdadero genio con este atolandramiento indiscreto, prueba de la poca reflexion: no se juzge por tal el que incapaz de fixarse en una idea, en un libro, en una facultad de todo entiende, y de todo habla: este error podría hacer pasar por genio á uno que sin haber jamas profundizado con seriedad, tiene afluencia de palabras; porque su imaginacion exaltada, pasa con rapidez de una idéa que vió mal, á otra que vió peor. La madurez es indispensable al genio, y un

juicio sano y profundo no se acomoda con la inconstancia, ni con el atolandramiento.

Un hombre de genio lleno de fuerza y actividad, ayudado de la filosofía, y la erudicion todo lo abraza con una ojeada perspicaz, y todo lo reúne con una feliz prontitud baxo un mismo punto de vista, y deduce de quanto ve, verdades incontestables, porque penetrándose de la conexion del todo, nada se le oculta; pero es necesario estar muy prevenido, pues como decia Bacon, el genio no tiene necesidad de alas, pero si de plomo; por cuya razon el Médico debe, como acabamos de decir, tener algo mas que genio.

No todas las ciencias piden una misma especie de genio: el que es necesario en unas, seria perjudicial en otras: por esta razon lo dividió Zimmermann en

tres especies. Primera: el que pide mas imaginacion que espíritu; este es el de los poetas, y pintores. Segunda: el que exige mas inteligencia que imaginacion; el de los fisicos, y matemáticos. Tercera: el que necesita tanta imaginacion como inteligencia; este es el de los Médicos, Políticos y Generales.

Young decia que los grandes hombres salian formados de las manos de la naturaleza, del mismo modo que Pallas salió del cerebro de Júpiter. En efecto sin amontonar demasiados exemplos de la historia en un tan pequeño volumen, y en una materia tan basta, echemos una ojeada por esos heroes de las ciencias, y artes, y observemos su genio natural. Parece que la naturaleza ofrecia pequeño campo á las investigaciones de un Newton, de un Bacon, de

un Haller: parece que el mundo entero era un sucinto distrito para las conquistas de un Alejandro, de un César, de un Pirro; y los Cornelios, los Homeros, los Virgilio no hallaban en el universo suficiente hermosura para animar sus versos; ni Rafael bastantes bellezas que imitar; ni Areteo, Cœlio Aureliano, Celso bocetos aptos para la exactitud de sus descripciones. Pues cada uno de estos nació para su facultad, y no para otra alguna: Alejandro, César, y Pirro no hubieran compuesto los versos de Homero, Cornelio y Virgilio; ni estos dado las batallas de aquellos; ni Rafael fuera un Areteo, ni este un Rafael. Todos no obstante eran genios, todos tenían este dón precioso que todo lo penetra, y al que no se le ocultan las causas que pueden estar al alcance del hom-

bre, ni las relaciones, analogías, y diferencias para el muy perceptibles. Semejante al águila que hiende los cielos, y sostiene con sus miradas el esplendor del astro del día, el genio ve desde lo alto, en su audaz vuelo, los objetos de sus reflexiones; abraza todas las consecuencias, y los luminosos rayos que emanan de ellas.

A un desde los primeros años se hacen infinitamente mas progresos con este gran talento, que con una avanzada edad sin este precioso presente de la naturaleza. Freind dice que en medicina es con especialidad en donde se ve cuanto puede hacer un espíritu sagaz, y de cuanta importancia es la finura del discernimiento. ¿Será posible que un espíritu limitado sea grande en un arte, en el que la mayor penetracion, y el juicio mas reflexivo apenas des-

cubren, en muchas ocasiones, lo que es necesario hacer en medio de tantas dificultades insuperables? ¿Los estúpidos rutineros tendrán, pues, cualidades tan esenciales al buen Médico? ¿podrán apreciar tantas circunstancias diferentes, y aun tan obscuras al observador mas atento, y al genio mas sublime? Vemos sin embargo demasiados de estos ignorantes jactarse de poseer un arte tan importante, sin darséle mucho ni aun por conocer sus verdaderos principios: así los vemos envejecer como troncos estériles, sin haber jamas producido algun bien á la humanidad; y dexar de existir sin que su vida haya sido otra cosa que un continuado abuso de la credulidad del vulgo: nacen estúpidos, y mueren del mismo modo.

He dicho que desde los pri-

meros años se podian hacer con el auxilio del genio, progresos superiores á la edad. Seguramente, los espíritus ordinarios no caminan á la gloria sinó con una lentitud humillante, en vez de que los grandes talentos se dirigen á ella con rapididad. Próspero Alpino no tenia mas que treinta años cuando volvió del Egipto, con todos los materiales de su obra inmortal. Sydenham era un gran Médico desde su juventud. Baglivo murió á treinta y nueve años, fué el restaurador de la verdadera medicina, y el azote de todas las sectas de Europa: desde su juventud habia merecido su reputacion, y sus escritos llenos de las verdades mas luminosas, merecen una singular estimacion. En nuestros tiempos el jóven Bichat nos dexó escritas en su prematura muerte tres obras, que cada

una necesitaba la aplicacion mas sostenida. Virey en la flor de su edad ~~comprende~~, y publica su erudita Historia del género humano. Un Médico jóven podrá decir, despues de principiada su práctica, á estos rutineros, y falsos Médicos; yo puedo demostrar ahora lo que Alexandro á los veinte años queria probar á Demóstenes: me ha tratado de niño, dice el, quando estaba yo en Iliria, y de jóven quando en Thesalia, pero voy á hacerle ver en el mismo seno de Atenas que soy hombre.

Todas las partes de la medicina no exigen el mismo genio. La anatomia, la botánica, y el conocimiento de los remedios pide mas tiempo que genio; la fisiologia, la patologia, y la semejótica mas genio que tiempo; la práctica, muy poco tiempo, y mucho

genio, mucha erudicion, mucha filosofia. Este aserto no agrada-
rá acaso á los viejos rutineros, que
no aprendieron lo que saben de
la ciencia, sinó por la repeticion
de los mismos acontecimientos y
que jamas exercieron su arte, sinó
por la multiplicidad de casos par-
ticulares. Si la medicina, dice Mr.
Lefebure, no consistiese mas que
en observar los casos particulares,
y en tratarlos como tales, sin nun-
ca generalizarlos, seria necesario
una larga serie de años para ver
esta multitud infinita de casos que
no se presentan todos los dias.
Ved aqui no obstante lo que es-
tas gentes entienden por experien-
cia, y porque dicen todos los dias
á los Médicos jóvenes, *no tienen
nuestra experiencia*. Pero la ver-
dadera medicina consistê menos
en conocer los sucesos por la
actualidad, que en saberlos pre-

dicir, y reconocer segun las leyes de la economía animal, comparadas con las observaciones de todos los profesores de mérito.

Para pasar de lo conocido, á lo desconocido es preciso pensar mucho mas de lo que se ve; representarse lo que no es visible, como si lo fuese; concluir de lo que es, á lo que puede ser; muchas veces adivinar, y hacer tentativas antes de acertar. El genio procede con lentitud en lo dudoso, pero se precipita con rapidez sobre las sendas conocidas: esto es lo que las gentes de pocos conocimientos, llaman obrar con timidez en el primer caso, y con temeridad en el segundo; debiendo mejor llamarse el simbolo de la ciencia, y de la humanidad: obrar con precipitacion en los casos dudosos es el delito mas exêcrable; detenerse cuando se duda,

la virtud mas apreciable.

Por fin la medicina, no aquella que exercen los empíricos, los charlatanes, y los falsos Médicos, sinó la ciencia médica fundada en la filosofia, en la observacion, la erudicion, y la verdadera experiencia; ayudada del genio, y aclarada por las luces de la anatomia, de la fisiologia, de la fisica, de la química, de la historia natural, de la farmacia, es sin contradicion una muy bella ciencia, dice MM. Piner, y Bricheteau, cuyos progresos cada dia mayores demuestran su capacidad de perfeccion; pero si se la separa de las ciencias que le sirven de apoyo, si se la constriñe á una terapeutica puramente empírica, no es mas que un arte incierto y congetural, en una palabra, esta medicina popular contra la cual se irritaron con justicia algunos filósofos satíricos.

La medicina no solo ofrece un campo inmenso á la aplicacion del estudioso, sinó que tambien abre á sus pies el camino de la virtud, y el teatro de la humanidad: *Immensum nobis aperit medicina campum ad exercendum in proximos amorem*; este axioma de Pichler es una gran verdad. Un corazon sensible, y generoso hace brillar el talento con un nuevo resplendor, y ninguna virtud honra mas al Médico que esta. ¡Cuantos titulos le estrechan con el desgraciado! Los infelices solo de el esperan el alivio á sus males: su primera necesidad es de desaogar su corazon en el de aquel, y el primer deber de este, prestarles el oido atento á sus sufrimientos, y de reanimar su anonadado valor por la indigencia, ó el dolor. ¡Sensibilidad, origen de las mas grandes virtudes! ¡Tu sola puedes ha-

cer felices las almas grandes! ¡Tu sola eres la compensadora de todos los trabajos del Médico! ¡Tu sola, y no los tesoros de la Arabia, pueden hacer á los hombres humanos, y compasivos! ¡Tu sola, y no el oro, esta brillante ponzoña, hace infatigable al hombre que está ligado á la sociedad por tan estrechos vínculos como el Médico! ¡Por ti el afligido halla el dulce consuelo de la compasion! ¡Por ti el enfermo halla en el Médico su mayor amigo, su padre, su todo! ¡Enfin por ti todos los pesares se disminuyen, todas las penas se mitigan al hallar un sensible consolador, y todo recibe una nueva vida baxo la sombra de tu poder. Pero tambien esta misma sensibilidad es un manantial inagotable de pesares para el Médico; quisiera ser siempre alivio, y bienhechor de las familias; quisiera

que siempre se le comparase al valiente piloto, que con inaudita intrepidez se precipita á discrecion de las olas, para arrancar de los brazos de la muerte, de los bordes del sepulcro, á un infeliz que luchandò con la mar, va á ser víctima de este soberbio elemento.

Se confunde con frecuencia esta presencia de ánimo, y esta serenidad tan necesaria al Médico, con la insensibilidad, y se cree que, pues no llora, no siente: el Médico sin compasion, sin humanidad seria un monstruo solo digno de practicar entre los salvages de la Tórrida, ó aun mejor entre las bestias feroces. Sin embargo debe ocultar con cuydado sus sentimientos, porque desde que se presenta al enfermo todas sus miradas, todos sus modales, todas sus expresiones se interpretan por

este con su sagaz penetracion, y parece querer descubrir la sentencia de su vida, ó de su muerte.

De la sensibilidad nacen tambien la grandeza, y los mas grandes sacrificios. Si los Médicos fueron dignos en todos los tiempos de los mayores elogios, sus virtuosas acciones son cuadros fieles que debemos imitar. Sacrificios generosos, magnanimidad, beneficencia, tales son las cualidades, que brillan en una multitud de acciones sublimes que se conservan en los fastos de la historia. El heroismo es en el Médico una propiedad indispensable, para salir con honor en mil circunstancias delicadas, y vencer los horrores de la muerte: pongamos á la vista cual es su porte en las mas peligrosas situaciones de su vida. Los estados de Artaxerxes, Rey de Persia, eran asolados por

la peste: este Monarca creiendo que solo Hipócrates podia detener tanta destruccion, y tanta mortandad, le envió una diputacion encargada de hacerle los mas ricos presentes, y ofrecerle los mas brillantes honores, si queria venir á Persia á combatir una tan calamitosa enfermedad: Decid á vuestro Señor, respondió Hipócrates, que soy bastante rico, y que el honor me impide acetar sus dones, y pasar al Asia á socorrer los Persas que son enemigos de los Griegos. El mismo Hipócrates fué llamado á Abderas para ver á Demócrito al que interesaba publicar por loco. Los dones mas cuantiosos ni la boluptosidad fueron capaces de seducir su grande alma: todo lo desprecia, habla con Demócrito, y sabe contestar que los Abderitas eran los que debian curarse de su locu-

ra. Alexandro conocia bien las grandes virtudes de su Médico Filipo, y no teme tomar con una mano el vaso de la medicina que este le daba, y entregarle con la otra, al mismo tiempo que la bebe, una carta en la que le aseguran que su Médico seducido por Dario trataba de envenenarlo. Pero ¿no se ve todos los dias al Médico sacrificarse por sus deberes, y nada temer cuando es llamado al peligro? Si una epidemia se declara, lejos de huir de los pueblos que desvasta, vuela á sacrificar sus dias en bien de sus conciudadanos, y el teatro espantoso de la muerte, es su campo de batalla: digánlo sinó Médicos que aun viven en nuestra España tan castigada por crueles pestes, y mortíferas epidemias, digánlo tantas vidas conservadas por sus afanes, y los veremos impertér-

ritos al frente de una muerte verosímil: hablen desde sus sepulcros tantos bienhechores de la humanidad, que fueron á buscar el peligro, abandonando todo cuanto tenían de mas caro, para consolar, y libertar de un inminente riesgo á los mismos que despues los miraron con indiferencia; ó con desprecio! No sabeis, decia Lorry al pueblo, quanto nos cuesta el seros útiles: però ¿ que premio recibe? A caso este abandono de la ciencia, y esta falta de distincion entre el verdadero y falso Médico, puede contribuir mucho á la decadencia de los Estados, no tan solo por lo que acabamos de decir, sinó tambien por otras muchas causas que facilmente percibe el hombre instruido, y que sabe hasta donde extiend su poder la medicina.

Medicus sit christianus, tal es

el primer deber que Hoffman impone al Médico. He dicho en otra parte que la religion se hermana intimamente con los principios del honor, y de la providad. En efecto el Médico religioso no se abroga un absoluto imperio sobre la vida, y la salud de los hombres; su conciencia, su religion le obliga á la aplicacion sostenida, á ser sensible con los infelices y laborioso con los enfermos. Admas la idéa de sus deberes para con los que reclaman sus auxilios le hace odiar la criminal ociosidad, perdiendo un tiempo tan precioso en una ciencia tan basta, y tan llena de responsabilidad. Si todos los jóvenes se hiciesen cargo al empezar su carrera de la pesada carga que se van á tomar con el ejercicio de la profesion, acaso, acaso titubearian. Si se practica con honor, es una ciencia lle-

na de mérito á los ojos de Dios:
*homines ad Deos nulla se propius
 accedunt, quam salutem hominibus
 dando.*

Hasta este punto llegaron las calumnias lanzadas contra los Médicos: no bastó affligirlos, y echar sobre ellos todo el peso de las preocupaciones, y se les criticó de Ateos, irreligiosos, espíritus fuertes. Contraen desde sus primeros estudios, dicen estas almas injustas, una inmoralidad profunda: en los texidos inanimados de los cadáveres, beben los elementos del materialismo..... Basta; tan injustos dictérios exaltan aun á los imparciales, y solo diré que no se puede ser anatómico, ni fisiólogo, y Ateo, porque ¿que mayor prueba de un Ser inmenso, infinito, sabio que esta prodigiosa máquina? Harveo, Vesalio, Ruischio, anatómicos superiores eran muy reli-

giosos. Si fueron ateos los oscuros Servet, y Lamétrie, opondré á estos los respetables nombres de Haller, Lancisio, Gaubio, Sydenham, Boerhave, Van-Swieten, Bordeu, enfin de Hipócrates vindicado por Juan Stéfano, Triller, y otros.

He aqui, Jóvenes, la carrera llena de abusos, y desagradecimiento en que vais á entrar: sereis, sí, buenos, humanos, complacientes en la ocasion, amantes de los enfermos; vuestra extremada aplicacion os hará desvelar para socorrerlos; ningun obstáculo se presentará á vuestros ojos; las sendas que conducen á la gloria las creereis sembradas de flores, y vuestra imaginacion seducida os persuadirá, que para lograr alguna aceptacion, basta servir á los hombres con una sostenida aplicacion, y amarlos. ¡Dulces ilusiones,

que no me fueron desconocidas, bien pronto desaparecereis! El espectáculo de los triunfos de la ignorancia, no tardará en fatigar vuestro amor propio; el olvido, la injusticia despedazarán vuestro corazón demasiado sensible, y la ingratitude acabará de indignaros: opond, pues á los desprecios del vulgo desagradecido, un fondo inagotable de paciencia, y sufrimiento, y caminad siempre libremente hácia el Templo del
HONOR Y DE LA VIRTUD.



